

LEER para comprender, ESCRIBIR para transformar

Serie Río de Letras

Libros Maestros

Plan Nacional de Lectura y Escritura

Catalogación en la publicación - Biblioteca Nacional de Colombia

Leer para comprender, escribir para transformar: palabras que abren nuevos caminos en la escuela. -- 1ª. ed. -- Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 2013.

p. – (Serie Río de letras. Libros maestros PNLE; 1)

ISBN 978-958-691-531-1

1. Desarrollo de la lectura 2. Comprensión de lectura – Enseñanza 3. Promoción de la lectura I. Serie

CDD: 372.4142 ed. 20 CO-BoBN–

LEER para comprender ESCRIBIR para transformar

Serie Río de Letras Libros Maestros PNLE - Bogotá, mayo 2013.

Primera edición, Bogotá, 2013.

© Ministerio de Educación Nacional, 2013.

© Derechos reservados para los autores, 2013.

ISBN 978-958-691-531-1 (Versión impresa)

ISBN 978-958-691-532-8 (Versión digital)

Tiraje: 310.000 ejemplares.

María Fernanda Campo Saavedra

Ministra de Educación

Roxana Segovia

Viceministra de Educación Básica y Media

Mónica Figueroa

Directora Calidad Educativa

Jeimy Esperanza Hernández

Gerente Plan Nacional de Lectura y Escritura

Fundalectura

Apoyo implementación Plan Nacional de Lectura y Escritura

Coordinación editorial: Melba Escobar de Nogales

Corrección de estilo - Liliana Tafur

Diseño y diagramación: Tragaluz editores

Ilustraciones: Juan Carlos Restrepo Rivas

Fotografía de portada: Archivo El Tiempo

Impresión: Nomos impresores

Impreso en Colombia / Printed in Colombia, mayo de 2013.

Reservados todos los derechos. Se permite su reproducción total o parcial por cualquier medio o tecnología, siempre y cuando se den los créditos correspondientes al Ministerio de Educación Nacional.

Contenido

Prólogo	10
LA VOZ PROPIA	18
Yolanda López	19
El placer de la lectura y la escritura en la escuela	19
Leonardo Jesús Muñoz Urueta	32
Las palabras me hacen volar	32
Darío Jaramillo Agudelo	39
Testimonio de un lector	39
Francisco Cajiao	65
¿Qué significa leer y escribir?	65
Resolver acertijos	67
Leer signos	71
¿Qué se lee y qué se escribe?	73
Yolanda Reyes	78
La sustancia oculta de los cuentos	78
El lugar de la literatura	81

Lo que sí puede enseñar la literatura	84
Roberto Burgos Cantor	90
Entre la voz y las letras	90
Fernando Urbina Rangel	101
Mamá, ¿qué dicen las babosas en lo que escriben?	101
Hugo Jamioy Juagibioy	115
Entre la antigua y la nueva palabra, nuestros mundos	115
SIETE ENTREVISTAS	124
Beatriz Helena Robledo	125
“Un maestro lector se vuelve muy creativo.	125
¿Existe una tensión entre promoción de lectura y pedagogía?	125
¿Qué papel desempeñan aquí los maestros?	126
¿Hay distintos tipos de lectura?	127
¿Qué hay que hacer?	128
¿La lectura y la escritura deben estar presentes en todas las áreas de estudio?	128

¿Cómo puedo usar la lectura y la escritura en esto que estoy haciendo?	129
¿Cómo vincular el contenido de lo que uno está enseñando con otras lecturas?	129
Mauricio Pérez Abril	130
“Hay que pensar en la lectura como práctica y como experiencia estética”	130
¿Qué les recomienda a los maestros?	130
¿Se enseñan los conceptos, pero no las prácticas?	131
¿Por qué dices que a escribir se aprende hablando?	132
¿Cómo manejar la tensión entre la lectura como goce y la evaluación sobre la práctica lectora?	134
¿Cuál es su opinión frente a la promoción de la lectura?	135
Carmen Barvo	137
“Es la primera vez que en Colombia se trabaja	137
Cuéntenos cómo ha sido el proceso de Fundalectura	137
¿Cómo se selecciona el material?	138

¿Quiénes seleccionan ese material?	140
¿Estos libros (la Colección Semilla) son para los maestros?	140
¿Y cuáles son los otros tres títulos?	141
¿Cómo hallar otros espacios para el encuentro con el libro distintos al de la biblioteca?	141
¿Luego de haber culminado una etapa de distribución	142
¿Cómo integrar la biblioteca escolar al proyecto educativo?	142
Irene Vasco	144
“Los seres humanos usamos la creatividad para solucionar	144
¿Qué hace falta en la escuela a la hora de aprender a leer y a escribir?	144
¿En lo que ha visto en sus talleres, hay lectores?	146
¿Hacen falta espacios para la creatividad?	147
¿Es una transición muy abrupta?	148
¿Existe una rivalidad entre promotores de lectura y docentes?	149
¿Y el tema de escritura?	150
¿Cómo pasan de la lectura a la escritura?	150

María Osorio	156
“Es importante que los maestros conozcan los libros,	156
Desde la perspectiva de librera, ¿hacen falta espacios para la literatura infantil?	156
Circulan más por el voz a voz...	157
¿Hacen falta espacios de circulación?	157
¿Qué iniciativas pueden mejorar la situación?	158
¿Cree que debe haber un canon de literatura en la escuela?	159
María Clemencia Venegas	160
“Hay que pensar menos en los libros por sí solos y más en las personas”	160
¿Cuál es el principal problema del bibliotecario en la escuela?	160
Si pudiera pedir tres deseos para cambiar este panorama, ¿cuáles serían?	163
¿Pero, entonces, el problema es acercar a los estudiantes a los libros?	164
¿Qué hacer para mantener el interés por la lectura?	166

¿Qué debe tener una biblioteca escolar?	167
¿Por dónde empezar?	168
¿Qué hace falta a las Colecciones Semilla?	169
Silvia Castrillón	170
“Hay que encontrar el espacio para que los docentes	170
¿Qué hace falta para mejorar los niveles de comprensión de lectura?	
170	
¿Qué leer en la escuela?	172
¿Necesitamos tener un canon de la literatura colombiana?	172
¿Cuál es el papel de la biblioteca escolar en la formación de lectores?	
173	

Prólogo

Bogotá, mayo de 2013

Queridos maestros y mediadores:

Les doy la bienvenida a esta maravillosa publicación con las palabras de la maestra Yolanda López, una de las autoras del libro que sostienen ahora en sus manos:

“En los Lineamientos Curriculares para Lengua Castellana se habla de que el estudio riguroso de la literatura en el contexto escolar depende de la competencia literaria y crítica del profesor, igualmente de un maestro que lea no solo literatura sino toda clase de textos que pueda recomendar y comentar con sus estudiantes, que sea interlocutor y no mero transmisor del sentido de los textos. Un maestro que entienda que los estudiantes también pueden ayudar a construir el conocimiento desde su saber y desde sus intereses”.

Leer para comprender, escribir para transformar no pretende ser más que un cómplice de sus pensamientos y deseos, un testigo de sus lecciones y procesos de enseñanza, y un aliado en la construcción de conocimiento, desde el saber y los intereses que ustedes y sus estudiantes comparten día a día en el aula.

Como dijo el escritor Jorge Luis Borges, “de todos los instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio, el telescopio, son extensiones de su vista; el teléfono es extensión de la voz; luego tenemos el arado y la espada, extensiones del brazo. Pero el libro es otra cosa: el libro es una extensión de la memoria y la imaginación”. Pues bien, en Leer para comprender, escribir para transformar podrán encontrar una extensión del pensamiento, la imaginación y la memoria.

Algunas de las ideas aquí plasmadas ya las habrán escuchado, las habrán tenido ustedes mismos o intuitido. Se trata entonces de encontrar en esta primera publicación de la serie Río de Letras del Plan Nacional de Lectura y Escritura “Leer es mi cuento” del Ministerio de Educación, una aproximación a los significados que envuelven e inspiran a la lectura y la escritura como prácticas íntimas, estéticas, de acceso y producción de conocimiento, pero también como prácticas sociales y culturales desde donde podemos alcanzar el ejercicio de una ciudadanía plena.

Desde hace dos años hemos venido desarrollando el Plan Nacional de Lectura y Escritura con resultados muy satisfactorios, pero que son apenas el comienzo de un largo viaje que emprendimos, de la mano de ustedes, para hacer que la lectura y la escritura se conviertan en prácticas sociales y culturales permanentes y efectivas, fundamentales

para mejorar las competencias comunicativas de niños y jóvenes de todas las escuelas y colegios, y para mejorar la calidad de la educación en nuestro país.

Por ello, la serie Río de Letras, que lanzamos con este primer título, es la propuesta del Ministerio para que los maestros y, en general, los mediadores de lectura cuenten de manera permanente con materiales de lectura y consulta que apoyen su quehacer; materiales que apoyen su cualificación, que orienten sus acciones y que los acompañen en las apuestas que hacen en la escuela para que los niños y jóvenes lean más y mejor.

Esta serie ofrecerá entonces a los maestros y mediadores de lectura y escritura en la escuela tres líneas editoriales: libros maestros, a la cual pertenece este primer volumen, que reunirá contenidos teóricos e inspiradores, sobre la pedagogía y la didáctica de la lectura y la escritura; manuales y cartillas, que contendrá lineamientos, orientaciones, herramientas prácticas y directrices para el fomento de las bibliotecas escolares, el desarrollo de proyectos de lectura y escritura, el uso de las colecciones, entre otros asuntos; y, por último, territorios narrados, que reunirá diferentes escritos en lenguas nativas y en ediciones bilingües, desde donde la diversidad de nuestras etnias y pueblos tiene la palabra.

Como su nombre lo indica, el río es transición, movimiento. Es alimento para quienes se nutren de su caudal.

Es también naturaleza, cultura y memoria. El río se contiene a sí mismo, pero también refleja lo que somos quienes nos asentamos en su entorno. Es así como Río de Letras es un espacio vital del cual todos podemos nutrarnos mientras lo navegamos rumbo a la meta que nos hemos trazado.

Desde el Plan Nacional de Lectura y Escritura navegamos en dirección a un país que lee y escribe, donde la lectura no se circunscribe exclusivamente al ámbito escolar y tampoco se restringe solamente a las áreas de Lengua y Literatura. Por ello, el Ministerio, consciente de la importancia de formar estudiantes competentes en todas las disciplinas, plantea a través de las colecciones que entrega a las instituciones educativas un modelo donde se lee y se escribe en todas las asignaturas. Para lograrlo, la biblioteca escolar ha de convertirse en el territorio para el asombro, la conquista de nuevos conocimientos, la integración, la interdisciplinariedad, la cercanía a otras formas del pensamiento, así como a otras miradas y enfoques.

Se lee y se escribe en ciencias naturales, en sociales, en matemáticas, en música y arte. El mundo se lee y se escribe desde distintos lenguajes; la lectura es la entrada a la comprensión de todo cuanto nos

rodea. Así, solo buenos lectores y escritores experimentados sabrán descifrar la respuesta a un problema de álgebra, el proceso de la fotosíntesis, la complejidad de la Guerra de los Mil Días, o la delicadeza y la intensidad en la poesía de José Asunción Silva.

Así mismo, nuestros pueblos indígenas están familiarizados con otras formas de escritura. Se escribe en los canastos tejidos, en los que la simbología guarda mensajes transmitidos de generación en generación desde tiempos ancestrales. Se escribe también en las manillas, en los collares, las hamacas y las mochilas. Todas estas escrituras, formas de ver el mundo, de comprenderlo y habitarlo, en la escuela se traducen en palabras; palabras que le dan vida, como arcilla, al pensamiento, a la imaginación y a la curiosidad.

Queridos maestros: aquellos de ustedes que conducen a sus alumnos por el camino que los llevará a comprender mejor cuanto leen y a expresar de una manera más coherente sus pensamientos están haciendo algo grande por ellos y por un país que soñamos sea un país de lectores. Un país de lectores es también un país de personas más tolerantes, con una mayor capacidad de situarse en la posición del otro, de comprender situaciones complejas, de dialogar con voces del pasado y el presente y de inclinarse hacia la mediación pacífica sobre la agresión y la violencia.

En Leer para comprender, escribir para transformar, el lector encontrará una selección amplia y diversa de ensayos escritos por plumas cuidadosas y experimentadas. Los textos de Yolanda López, maestra ilustre del Premio Compartir; Leonardo Jesús Muñoz Urueta, ganador del Concurso Nacional de Cuento; el poeta Darío Jaramillo Agudelo; el investigador y pedagogo Francisco Cajiao; la escritora y pedagoga Yolanda Reyes; el narrador Roberto Burgos Cantor, el antropólogo Fernando Urbina y el poeta indígena de la comunidad camëntsá Hugo Jamioy son voces hondas, inspiradoras y sabias, capaces de conmover al maestro y de invitarlo a continuar con una práctica siempre entusiasta, creativa y esmerada de la lectura y la escritura en el aula. Sus escritos son profundos y a la vez sencillos, como las grandes verdades.

Es así como la invitación que les hacemos es a que hagan suyos estos ensayos, que se apropien de ellos y se sientan en plena libertad de citarlos, transcribirlos, parafrasearlos, alimentarse de ellos para su oficio. Esperamos que los disfruten, los subrayen, los lleven a la casa y a la escuela, lean fragmentos en clase o bien en familia.

En la segunda parte, encontrarán una serie de entrevistas con expertos del sector del libro, la lectura y la escritura. Así, Beatriz Helena Robledo, escritora y experta en temas de formación lectora; Mauricio Pérez Abril, docente e investigador en pedagogías de la lectura y la escritura;

Carmen Barvo, directora de Fundalectura; Irene Vasco, escritora de literatura infantil; María Osorio, librera y editora de libros infantiles; María Clemencia Venegas, asesora del PNLE para el tema de bibliotecas escolares, y Silvia Castrillón, investigadora y promotora en temas de lectura y escritura, comparten con nosotros su pensamiento, a menudo crítico, siempre agudo y muy iluminador, respecto al oficio de la pedagogía en el campo de la lectura y la escritura, el papel del libro en la educación y los recursos que recomiendan desde su experiencia en el sector.

La invitación, entonces, es a que reflexionemos, a que nos demos la oportunidad de debatir y construir conocimiento de manera colectiva, a que saquen el mayor provecho de esta primera publicación, así como de aquellas que están por venir. Son ustedes la estrella y el motor de esta iniciativa y con quienes, en el aula y fuera de ella, queremos compartir el valor de la palabra expresada en todas sus manifestaciones, para formar una ciudadanía activa y próspera, que contribuya de manera participativa y democrática a la construcción de un mejor país y a alcanzar la paz que tanto soñamos los colombianos. Porque creemos definitivamente que la lectura y la escritura son también un vehículo para la paz.

Con mi respeto y admiración por su oficio,

María Fernanda Campo Saavedra

Ministra de Educación Nacional

LA VOZ PROPIA

Ocho ensayos para inspirar, conmover y encontrar otros senderos en el aula y fuera de ella.

Yolanda López

Licenciada en Español e Inglés, especialista en Enseñanza de la Literatura, estudiante de la Maestría de Promoción de la Literatura Infantil y Juvenil de la Universidad de Castilla la Mancha. Maestra Ilustre del Premio Compartir al Maestro, miembro de Pido la Palabra –Red de Profesores de Lenguaje del Tolima– y de la Red Colombiana para la Transformación de la Formación Docente en Lenguaje. Autora del libro Tres secuencias didácticas para abordar el Lenguaje y la Literatura en Secundaria.

El placer de la lectura y la escritura en la escuela

Yolanda López

Durante una conferencia, el escritor William Ospina hablaba sobre la necesidad de que la educación se reacondicionara a los desafíos de la época, pues mientras se pensara que todo estaba hecho y acabado, mientras existieran personas que pensaran que no tenían nada más que aprender, este sistema educativo ya estaría obsoleto y acabado.

Esta afirmación me llamó la atención, pues creo que en muchas ocasiones nuestro sistema educativo, visto con ojo crítico, es bastante obsoleto. Resulta paradójico que después de cursar doce años entre preescolar, primaria y bachillerato la escuela no forme lectores

autónomos. Ser lector autónomo implica incorporar al estilo de vida la lectura, y esa asociación también depende de las condiciones sociales y culturales del contexto donde se vive y se aprende. Cuando Delia Lerner pregunta “¿Es posible leer en la escuela?”, la respuesta sería sí, ¿luego no es allí donde se aprende a leer y también a escribir?, de hecho, como ella misma dice, hacer esa pregunta es deslegitimar los objetivos de la escuela, los cuales son ante todo hacer que los niños lean y escriban.

La escuela ha hecho esfuerzos para lograr que los estudiantes lean más y escriban mejor, quizá la forma de hacerlo no sea la más adecuada ya que no se les hace seguimiento a programas que desde las Secretarías de Educación o desde la misma institución educativa se promueven. No sirve de nada llenar de libros los estantes de las bibliotecas escolares, esto no garantiza que los estudiantes vayan a ser mejores lectores ni que se les estimule el gusto por la lectura. La promoción de la lectura desde la escuela debe hacerse a partir de una experiencia personal, es decir, quien promocióne la lectura, quien sea mediador entre el texto y el lector en estos espacios debe ser alguien que tenga una experiencia de lectura enriquecedora con la que pueda contagiar a sus estudiantes, que entienda que los niños llegan a la escuela con un cierto patrimonio literario que les ha sido transmitido de manera oral por familiares y que tiene su soporte en el ritmo, en las formas, en la música, en el juego. Desconocer este aspecto a la hora de empezar a tratar la lectura

placentera en la escuela es abrir desde sus inicios una brecha entre el niño y el texto literario, y es aquí donde pienso que los maestros nos hemos equivocado.

Cuando el niño entra a la escuela primaria la mayoría de sus lecturas son extraídas de los libros de texto, entonces la literatura se gramaticaliza, hay que llenar cuadros, responder preguntas que nada aportan al lector en su proceso de construcción del sentido. Sería un gran acierto pedagógico realizar "lecturas gratuitas" cuyo único objetivo fuera el goce del texto, el placer de leer o de escuchar una buena historia sin que el niño y el joven piensen que deben "pagar" por ello, y sin que el maestro piense que es obligación hacer el "control de lectura" para saber qué tanto entendieron sus estudiantes. En estas circunstancias no hay placer ni gusto por el texto literario.

Actualmente, hay en el mercado mucha literatura infantil y juvenil de alta calidad literaria que puede ser ofrecida a niños y adolescentes. Por supuesto que para ello el maestro debe ser el primer lector de esos textos, porque es el intermediario y debe tener un bagaje literario que le permita escoger lo mejor para sus estudiantes.

En los Lineamientos Curriculares para Lengua Castellana se habla de que "el estudio riguroso de la literatura en el contexto escolar depende de la competencia literaria y crítica del profesor", igualmente de un

maestro que lea no solo literatura sino toda clase de textos que pueda recomendar y comentar con sus estudiantes, que sea interlocutor y no mero transmisor del sentido de los textos. Un maestro que entienda que los estudiantes también pueden ayudar a construir el conocimiento desde su saber y desde sus intereses.

En el campo del lenguaje, que es donde me desempeño, he tenido varias satisfacciones en proyectos en los que la lectura y la escritura juegan un importante papel, sobre todo porque he entendido que leer y escribir, como lo dice Emilia Ferreiro, son “construcciones sociales” indispensables para la adquisición de ciudadanía. Y esa ciudadanía no es posible ejercerla con individuos que aún no alcanzan un nivel de lectura y escritura satisfactorio. Se necesitan individuos conscientes de sus derechos, individuos críticos y reflexivos, que sean lectores autónomos y escritores autónomos.

El desafío que tenemos los maestros en esta nueva era es de una responsabilidad social y política de incalculables dimensiones. Estamos frente a niños y jóvenes que nacen y crecen en la era digital, más sedientos de un conocimiento mediático que de un conocimiento pensado y reflexionado. Niños y jóvenes eclipsados por el poder de aparatos que creen que dominan, sin imaginar que son esos aparatos el medio para mantenerlos comunicados, desinformados, solitarios y

olvidados, cuando no se saben utilizar y cuando no ha habido la suficiente información sobre las posibilidades que tienen para ayudar en la búsqueda del conocimiento.

Aunque desde hace varios años existen redes de estudio en las que se hacen grandes esfuerzos por trabajar desde una perspectiva más acorde con los tiempos actuales, en las que la constante del trabajo es la reflexión de las prácticas de aula, en las que el maestro ha tomado verdadera conciencia de su quehacer pedagógico y se ven ya resultados, existe aún en nuestro país todo un camino por recorrer en este campo.

Como miembro de una red de lenguaje en el departamento del Tolima llamada Pido la Palabra, le he apostado junto con el grupo de estudio a una propuesta pedagógica incluyente en la que en forma colectiva se estudian minuciosamente las prácticas pedagógicas de los maestros relacionadas con la enseñanza y el aprendizaje de la lectura y la escritura, con el fin de reflexionar sobre esas prácticas para interrogarlas, reajustarlas y transformarlas.

En este orden de ideas, desde mi experiencia docente, lo que he tratado de hacer con los estudiantes es que ellos vivan el placer de la lectura y la escritura, las valoren desde su propia experiencia como piezas fundamentales en su formación personal y en su formación para la vida social y ciudadana.

No ha sido tarea fácil. Hacer que los jóvenes se relacionen con el mundo de la lectura y de la escritura de forma placentera a veces resulta una tarea compleja, más en esta época en que poco vemos circulando libros entre sus manos por gusto personal. Se dice que la era digital está cambiando las formas de leer y de escribir, pero cuando no se ha tenido una buena iniciación lectora y escritora, el medio no es garantía de cualificación de ninguna de las dos. Llenar las instituciones de computadores con acceso a internet no garantiza una mejoría de las prácticas pedagógicas ni de calidad de la educación si no se complementa con propuestas claras y acordes con las necesidades educativas de los tiempos actuales.

Una experiencia de lectura y escritura en bachillerato

Para el caso que voy a exponer sobre una experiencia de lectura y escritura con mis estudiantes de grados noveno y décimo de la I.E.T. Nuestra Señora de Fátima de Ibagué, lo primero fue entender que la lectura y la escritura son prácticas inmersas en un contexto particular y que deben tener sentido desde los intereses particulares de cada estudiante.

Siempre trabajo con proyectos a largo plazo, en los que pueda observar los procesos de mis estudiantes tanto en lectura como en escritura, porque para formar verdaderos lectores y verdaderos escritores

debemos entender que son procesos de pensamiento complejo que no se logran de la noche a la mañana y que por lo tanto se necesita un trabajo sistemático que tenga en cuenta edades, contextos socioculturales y el universo del niño y el joven.

La propuesta la desarrollé pensando en los intereses de los estudiantes como sujetos que aprenden dentro de una práctica sociocultural y discursiva específica, y cuyo propósito didáctico consistía en propiciar un encuentro personal del estudiante con el texto poético, con el fin de participar en un recital de poesía donde ellos tuvieran la oportunidad de leer su propio poema o el de su poeta preferido. Para ese propósito teníamos dos períodos académicos, aproximadamente cinco meses del calendario escolar.

Sé que en estas edades de 14 a 16 años a menudo los jóvenes gustan de la poesía más que de cualquier otro género literario, porque están a flor de piel la edad del enamoramiento, la rebeldía y la amistad, entonces quise aprovechar esa fortaleza para acercarlos al mundo de la buena poesía. Pero quería que mis estudiantes escudriñaran por ellos mismos y encontraran un poema que les llegara al alma por las razones que fueran, lo leyeran, lo interiorizaran, lo sintieran y después transmitieran la emoción a sus compañeros en una lectura en voz alta del poema.

Trabajábamos en este proyecto en las sesiones de dos horas de los viernes. Dejé un tiempo prudencial para sus lecturas y consultas. Ellos, entre tanto, iban refiriendo los poemas que habían encontrado, mostraban libros de poesía y hojas impresas de algún portal en internet sin encontrar aún uno que se acomodara a sus intereses particulares. Trataba de no imponer poetas para que fueran ellos mismos los que a través de esas lecturas encontraran un poema que los emocionara por las razones que fueran. Pasadas unas semanas, cada uno ya tenía en sus manos “su” poema. Vino entonces la explicación de por qué lo habían escogido y las razones que arguyeron fueron de todo tipo: unos destacaron el tema; otros, el lenguaje: hablaban de metáforas y otros recursos dentro del poema que les habían interesado, como el ritmo y la musicalidad, y a otros simplemente les había gustado “porque sí”. Me llamó la atención que habían escogido poemas de poetas muy reconocidos y también lejanos en el tiempo, pero que a nivel general habían seleccionado con criterio literario y estético. Además, habían escogido poemas de buena extensión porque creían que para leer en voz alta y convencer al público necesitaban poemas así. En estas sesiones yo simplemente participaba para llenar algunos vacíos o para complementar la información que cada uno había consultado sobre el poema escogido o llamaba la atención en la belleza del lenguaje. Después de conocer el porqué de la selección del poema, cada

estudiante se preparó para su lectura en voz alta y para compartir con sus compañeros la emoción de haber encontrado algo bello. Al final de esta sesión los estudiantes destacaron las lecturas hechas por unos estudiantes y las falencias que habían tenido otros, situación que hizo que ellos sugirieran repetir la sesión de lectura de poemas en voz alta para intentar leerlo mejor, cosa que se logró en un alto porcentaje. Hubo un tiempo en que leían poemas en clases diferentes a la mía y algún profesor les llamaba la atención o les quitaba el libro. Me hacían luego el reclamo y, por supuesto, a mí me emocionaba mucho la situación.

El proyecto se volvía más complejo y sabía que lo podía asumir sin riesgo por lo sensibles que estaban con el tema de la poesía. Les traje videos de poetas que leían sus propios poemas y de cantantes que cantaban poesías que ellos habían leído en su búsqueda anterior. La sorpresa fue grande, pues escuchar poesía de esa forma era una cosa diferente. Algo que me llamó mucho la atención en la primera etapa del proyecto fue observar que temas como la muerte, la vida, la naturaleza, la mujer, el amor y la violencia fueron los más recurrentes. Se me ocurrió agruparlos por afinidades para que ya en grupos rastrearán esas temáticas en poetas de todos los tiempos, que ellos mismos se dieran cuenta de cómo eran tratadas esas temáticas por diferentes poetas en diferente época, cómo los poetas jugaban con las palabras para acomodarlas a unas formas de decir particulares.

Me hicieron leer como nunca, había que contestar dudas sobre poetas que yo no conocía muy bien, hicieron toda clase de lecturas para conocer la ubicación histórica de los poetas, las circunstancias sociales y políticas de sus países así como las condiciones personales que los llevaron a escribir sobre determinados temas, la forma de jugar con las palabras para lograr ciertos efectos, se sumergieron, digo yo, en el éxtasis de sus poetas y su poesía. Lorca y Hernández, Neruda y Vallejo, Góngora y Quevedo, Barba-Jacob y De Geiff, Benedetti y Mistral, Aurelio Arturo y Gaitán Durán, Machado y Silva, entre otros, fueron los tesoros más buscados, estudiados y queridos por mis estudiantes en este proceso. La exposición hecha me dejó claro que se habían apropiado de un conocimiento sobre la poesía que ya era de ellos por la forma como lo fueron construyendo.

No podía dejar pasar esos momentos de placer del texto poético sin intentar un momento de creación literaria en el que la escritura se hiciera presente en la creación de su propio poema. Se inició un proceso de pensar primero sobre qué escribir, las motivaciones para escribir, empezar a jugar con las palabras para acomodarlas estéticamente a lo que querían expresar, no era fácil, no era escribir por el requisito de una calificación. Este proceso de escrituras y reescrituras del poema, de ponerlo a consideración del grupo para analizarlo y ayudarlo a mejorar llevó varias sesiones. Al final, los mismos estudiantes votaron cuáles de

los poemas creados podían ser leídos en el recital de poesía que preparábamos para la Semana Cultural de la Institución, los demás leerían el poema que habían preparado de su poeta preferido. En ese recital, además de participar todos los estudiantes de noveno y décimo, participaron otros miembros de la comunidad y fue una jornada muy emotiva. Presento apartes del discurso de apertura del recital escrito y leído por la estudiante Danna Ruiz, de grado noveno:

(...) Durante el segundo periodo del año iniciamos nuestro proyecto de poesía, para muchos era aburridor porque pensábamos que no era lo nuestro y que se nos iba a dificultar mucho. El recorrido por los poemas fue bastante largo y a muchos nos hizo sufrir pues no encontrábamos una poesía que nos llegara al alma. Leíamos y releíamos poemas, pero no encontrábamos algo que nos tocara la fibra. Hasta que encontramos el nuestro. Cuando empezamos a leer los poemas cambió la percepción que teníamos de los poemas y de la poesía, nos enriquecimos tanto que empezamos a buscar “nuestros” poemas y “nuestros” poetas. Después vino otra fase, un poco más complicada, y era leer los poemas en voz alta. Lo que buscábamos era sentir el poema, no leerlo por leer, en pocas palabras, queríamos en la lectura transmitir algo de ese poeta que nos cautivó. También nos dimos cuenta de que la poesía transformó de cierto modo nuestras vidas, causó algo en nosotros y, sin duda alguna, cambió nuestra forma de expresarnos... (Septiembre de 2011).

C. Lomas dice que no debemos olvidar que la escuela se convierte para muchos niños y jóvenes en el único escenario en el que ellos van a tener la posibilidad de acercarse al conocimiento y la lectura de textos literarios así como a la experiencia de la creación literaria, entonces es una responsabilidad grande, como maestros, hacer que esos niños y jóvenes gocen en la escuela del placer de leer y de escribir con sentido, así como es una necesidad urgente que nosotros los maestros entendamos que los tiempos han cambiado y que hay nuevas formas de aprender y de enseñar para hacer posible una sociedad que pueda participar de la verdadera ciudadanía.

Es importante dejar claro que el éxito de este proyecto se debe a la participación decidida de los estudiantes que aprenden dentro de una práctica que les significa, es decir, no son sujetos pasivos que esperan solo hacer lo que se les impone; al contrario, aportan, proponen, discuten entre ellos, se les escucha y se les corrige con respeto cuando hay que hacerlo y poco a poco van construyendo su propio discurso, que surge del análisis y la reflexión. Por eso la importancia de que los estudiantes sepan para qué leemos y para qué escribimos en clase, cuál es el propósito pedagógico que subyace a esas prácticas. Cuando como maestros tenemos este aspecto claro, no nos debe dar miedo asumir proyectos en los que se pueda tener la participación decidida de los

estudiantes, además de orientarlos en la toma de decisiones y de la participación democrática.

“Yo creo que hay que presentar la lectura como lo que en mi opinión es: una forma de pasar el tiempo. Que eso sirva para algo o no sirva para nada, ya es otra discusión. A nadie se le puede obligar a leer. La lectura como obligación es la mejor manera de desestimularla. Es necesario decirle a alguien que la lectura es una oportunidad que uno se da en la vida. Una oportunidad de relacionarse con el mundo y con el ser humano en general.

La lectura es la oportunidad de reconocernos en las experiencias de los otros. Es la posibilidad de conocer otras personas, otros lugares, otras maneras de vivir con las que, sin embargo, podemos sentirnos identificados. La literatura y la lectura, en general, son un buen sustituto de los viajes. Para quien quiera conocer el mundo, recomiendo leer”.

David Eliécer Marín, autor del cuento Aún brillaban las estrellas. Docente ganador del 5.º Concurso Nacional de Cuento.

Leonardo Jesús Muñoz Urueta

Nació en el puerto de Magangué, Bolívar. Actualmente vive en Medellín, donde cursa la licenciatura en Lengua Castellana en la Universidad de

Antioquia y trabaja en los Parques Biblioteca leyendo historias en voz alta. Fue uno de los ganadores del Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación, 2011.

Las palabras me hacen volar

Leonardo Jesús Muñoz Urueta

Cada vez que escucho el nombre de don Antonio Botero Palacio es inevitable pensar en palabras como avatares, sutil, saudade, poesía, trashumancia. A mi memoria llegan esas palabras cuando pienso en mi maestro.

Aprendí a amar las palabras. Aprendí a creer que ellas son portadoras de un misterio, de algo que las anima y les concede la potestad, la gracia de hacerles cosquillas en el alma a las personas. Mi maestro sabe de esa magia que poseen las palabras.

Don Antonio Botero Palacio vive en estos momentos a orillas del Río Grande del Magdalena. Todavía recuerdo la vez primera que fui al almacén La Finca, una tienda de productos del campo que está ubicada en la Albarrada, una calle comercial que está al lado del río. Una tarde de hace muchos años, me presenté a las puertas del almacén llevando conmigo una carpeta de cartón en la que tenía guardadas varias hojas, “mis cuentos”, así las llamaba. Hacía poco me habían entrado ganas de

ser escritor, tenía ocho años y en esa edad uno le es fiel al misterio, a los sueños, y lo demás es perjurio.

Recuerdo que llegué al almacén La Finca, animado por la certeza de que conocería a un escritor de verdad. Me habían dicho que don Antonio era escritor, que había escrito el himno del puerto de Magangué. Además, que le gustaba leer cuentos. En verdad, yo necesitaba a alguien que leyera mis cuentos, y los publicara y me hiciera famoso.

Cuando pregunté por el señor Antonio Botero, los empleados del almacén se extrañaron que un niño como yo, gordito, acompañado por una destartalada bicicleta, que venía vestido con una pantaloneta corta naranja, con un suéter blanco y unas sandalias untadas de barro seco, y bajo el brazo una carpeta de hojas sueltas, ajadas por el sudor y el polvo, preguntara por el dueño del almacén. ¿Para qué lo busca? No me amedrenté ante la pregunta, al contrario, aproveché el momento para decir en voz alta y clara: “Le quiero leer mis cuentos”. Bastó que dijera la palabra “cuentos”, como cuando se dice “Ábrete, Sésamo”, cuando del fondo, en medio de un callejón de medicamentos para animales de campo, un hombre mayor se acercaba, apoyado en su bastón. Venía con un aire pensativo, pude ver a través de sus lentes gruesos y redondos unos ojos grandes, claros, serenos. Un hombre de baja estatura con un aire que solo pueden tener los inmensos suanes, árboles que crecen a la

ribera del Río Grande de la Magdalena y han vivido tantos veranos. Es verdad, mi maestro se parece a un suan. Se me acercó y con una voz, mezcla de amabilidad y firmeza, me pidió los cuentos. Me hizo pasar a su oficina, se sentó frente a mí. En silencio empezó a leer cada una de las hojas. La oficina de don Antonio Botero tenía una gran ventana con vista al río, desde allí podía ver pasar a los cocheros con sus carros mula, las iguanas explayadas en las ramas del suan, el vendedor de agüecoco, el atardecer sobre el río y las garzas blancas en el lejano horizonte.

Cuando don Antonio Botero terminó de leer las hojas, hizo un gesto con la boca como queriendo decirme “de esto no se salva nada”. Dijo: “Le falta vuelo, magia. Le faltan alas”.

Al parecer, el único cuento que se había salvado trataba de un Pegaso que les temía a las alturas, y por eso no volaba. Luego, don Antonio, con su dedo índice, otoñal, me señaló el puerto y su gente, diciéndome que escribiera sobre la vida de esas personas, sus miedos, sus alegrías, sus anhelos. En ese momento no comprendía las palabras de don Antonio Botero. La vida de aquellas gentes me parecían triviales, todavía estaba lejos el día que comprendería lo que mi maestro me decía.

Así fue como conocí a mi maestro. Cada domingo iba a su casa. En el centro había una mesa redonda de vidrio, con metales y con cuatro

sillas tejidas de bahareque, allí, bajo el movimiento pausado de un abanico de techo, don Antonio Botero me leía en voz alta poemas, cuentos, y me hablaba de esos poetas y escritores como si los hubiese conocido, como si fueran amigos de toda la vida. Ahora creo que no hay una mejor manera de conocer a una persona que leer lo que escribe. Además, don Antonio tenía una biblioteca en casa, era una habitación dedicada a los libros. Las paredes estaban llenas de ellos desde el suelo hasta el techo. Cierta día don Antonio me declamó "Canción de la vida profunda", un poema de Porfirio Barba Jacob: "Hay días en que somos tan móviles, tan móviles como las leves briznas al viento y al azar". Confieso que cuando escuché el poema por primera vez no lo entendí. No conocía palabras como móviles, briznas, azar, leves. Sin embargo, me sentía como en el aire cuando lo escuchaba. Las palabras me hacían volar. Mi primer amor fueron las palabras. Con el tiempo, don Antonio me prestaba libros. Después me regaló *El ruiseñor y la rosa*, de Oscar Wilde, y un cuaderno en el que debía escribir las palabras nuevas que fuera encontrando. Cada domingo se las leía acompañadas con su significado, otras veces escribía una historia donde aparecieran esas palabras. También hacíamos ejercicios de lectura en voz alta, en los que, según él y recordando a Pablo Neruda, uno debía degustar cada palabra.

Ahora, cada vez que abro las páginas de un libro siento que converso con personas de otro tiempo. De esa manera me siento

menos solo, también las historias que encuentro en los libros me hacen sentir doblemente vivo. Alguna vez pensé que leer era una manera discreta de darle la espalda a la cruda realidad, de huir a los problemas. En verdad estaba equivocado. Las historias me enseñaban la vida, me mostraban seres capaces de actos nobles como de los más terribles. Y la vida misma me esclarecía lo que leía en los libros.

Leer, pues, ha sido para mí una manera de comprenderme y, a su vez, de comprender a los demás. Puedo decir que la lectura me ha llenado de fortaleza ante las tristezas inevitables de la vida. De la mano de la lectura he encontrado la escritura, que es esa posibilidad de nombrar los territorios de mi imaginación. Cada historia que escribo guarda una ilusión, una promesa y esa posibilidad de crear nuevas realidades por medio de las palabras. Para un escritor que comienza su carrera en las letras es importante recibir un reconocimiento porque esto le da confianza. Y no es que necesite la confianza, pero esos alicientes que vienen acompañados de los concursos literarios son necesarios. Para mí la experiencia de ser ganador del Concurso Nacional de Cuento RCN ha sido muy grata, porque he tenido la posibilidad de conocer a otros jóvenes que están prendidos del mismo sueño. Me emociona la idea de pensar que mi cuento, junto con otras historias, es leído por tantas personas en el país. De esa manera siento que comparto mi mundo con

otros desconocidos, que converso con ellos más allá del espacio y del tiempo.

Mi maestro me enseñó que la amistad con las palabras dura toda la vida. Han pasado los años, y las palabras que descubrí una vez en esas lecturas las vuelvo a escribir ahora en mis historias. Ha pasado el tiempo, y mi maestro está todavía en su almacén, al frente del suan que una vez él mismo sembró. Pronto volveré al puerto y le leeré mis nuevos cuentos con la esperanza de que esta vez encuentre en ellos esas alas que solo las palabras les ponen a los días, a la vida, a uno mismo.

“Una de las personas inolvidables en mi vida es la profesora que me enseñó a leer a los cinco años. Era una moza bonita y sabia que no pretendía saber más de lo que podía, y era tan joven que con el tiempo acabó siendo más joven que yo. Era ella la que nos leía, en clase, los primeros poemas. Recuerdo con la misma gratitud al profesor de literatura del colegio, un hombre modesto y prudente que nos conducía por el laberinto de los buenos libros sin interpretaciones rebuscadas. Este método posibilitaba a sus alumnos una participación más personal y libre en el milagro de la poesía. En síntesis, un curso de literatura no debería ser más que

una buena guía de lecturas. Cualquier otra pretensión no sirve más que para asustar a los niños. Pienso yo, aquí entre nosotros”.

Darío Jaramillo Agudelo

Santa Rosa de Osos, Antioquia 1947. Ha publicado siete libros de poemas y siete novelas. Sus más recientes libros publicados son: una antología temática titulada Del amor, del olvido, la novela La voz interior y el ensayo Poesía en la canción popular latinoamericana. Fue becario de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation, 2008-2009, y es miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua.

Testimonio de un lector

Darío Jaramillo Agudelo

Sin duda existe una conexión entre la pasión por la lectura y el impulso de escribir. Pero ni es común a todos los que llegan a tener ambos, pasión e impulso, ni la lectura lleva fatalmente a la escritura, ni lo que un hombre escribe es, necesariamente, reflejo de lo que lee. Conozco muchos lectores que no escriben –la mayoría, por fortuna– y he llegado a saber de escritores que no leen: en mi tierra había un poeta que dijo en una entrevista que él no leía para evitar las influencias. Lo malo es que nunca pudo abandonar la avasallante influencia de Neruda. Si Pablo Neruda no hubiera existido, este poeta no habría podido escribir nada.

Siendo, como creo que sucede, que cada caso es distinto, siendo que muchas veces se escribe para matar lo que se leyó, tengo todas las

justificaciones para reducir mi texto a un caso individual, en cierto modo patológico, pero que conozco muy bien porque es el mío propio, repitiendo la advertencia de que cada uno es patafísicamente diferente de todos los demás.

Contaré, pues, mi propia experiencia.

Me temo que soy un buen caso. Un “caso” entre comillas. Desde antes de aprender a leer era yo un fanático de los libros. Me distraía coloreándolos, mirando los dibujos, haciéndome contar lo que traían por dentro. Y aprender a leer fue un acontecimiento avasallante que catapultó el resto de mi vida. En mi casa había libros y, encima de eso, mi padre me llevaba libros apropiados para mi edad. Un poquito más grande me autorizaba en la librería Aguirre para que sacara los libros que me interesaran.

Siempre he leído y es muy posible que sea la segunda actividad que ha ocupado más tiempo durante toda mi vida, la segunda después del sueño, y esto porque cuando empecé a leer ya llevaba varios años ejerciendo el inigualable placer de dormir.

Si me pregunto por qué desarrollé tan temprana y viciosa adicción a la lectura son varias las respuestas que tengo: porque no me dejaron salir solo a la calle sino cuando ya estaba más grandecito –para entonces ya sabía leer–, porque había libros alrededor mío, porque mi padre me leía

en voz alta cuentos e historias, porque no tenía hermanos con quienes jugar y debí procurarme maneras de pasar el tiempo sin morirme de tedio: la lectura era una buena alternativa; porque en mi casa no había televisor, y yo me aburrí las veces que vi televisión en casas de parientes o de amigos, entonces no les pedí televisor a mis padres; porque en la familia siempre fue un hábito el gusto por el silencio; porque caí en la trampa que todo vicioso lector conoce, y que consiste en que un libro llama siempre a otro libro (otro libro del mismo autor, otro libro sobre el tema del anterior).

Muchos años después de iniciarme en tan deliciosa ociosidad lectora, metido a teorizar, se me ocurrió que las condiciones para irrigar el hábito de la lectura son tres: la primera, que haya libros cerca de aquel a quien queremos iniciar; la segunda, que haya lectura en voz alta desde antes de que el novicio aprenda a leer y, la tercera, que se le prohíban algunas lecturas. En mi caso concreto, los dos primeros requisitos los llenó mi casa y el tercero, la prohibición, la satisfizo el colegio de San Ignacio, en Medellín, en donde estaba vedado llevar libros que no fueran los textos de clase.

Durante mi infancia, hasta los doce o trece años, mantuve en términos crecientes mi pasión lectora, sin que sintiera ninguna necesidad de escribir. Escribía lo que me pedían de ejercicios de redacción en las

clases del colegio, pero lo hacía muy mecánicamente, solo por cumplir, sin ningún interés particular, sin ninguna curiosidad.

Por ese mismo tiempo pensaba que los escritores que más admiraba eran inigualables, eran seres superiores, eran casi dioses. Nunca se me ocurrió que yo podía escribir libros, si los libros los tendrían que escribir tipos como Mark Twain, como Roberto Luis Stevenson, como Daniel Defoe, como Julio Verne. (Después me volvería cínico, pues siempre, hasta hoy, seguí creyendo que los libros no los deberían escribir sino tipos como Swift o como el anónimo autor de las Mil y una noches, y a pesar de eso, sin alcanzar lo que ellos lograron, me atreví a publicar libros. Menudo cinismo).

Creo que no me traiciona la memoria si cuento que comencé a escribir después de leer la versión que hizo León Felipe del Canto a mí mismo, de Walt Whitman. Ese poema fue una revelación, una epifanía. Más materialmente, fue un espejo en el que no me veía yo, aunque sí, sino que veía algo que yo apenas vislumbraba, esa especie de lucidez que produce el pensamiento reconcentrado en aprenderse a uno mismo; esa lucidez que dura un nano segundo y después se deroga en sentido inverso, espesando la tiniebla; reivindicando la incertidumbre, largamente padecida, en la espera de una nueva iluminación, de otro milagro.

Casi al mismo tiempo de mi lectura del Canto a mí mismo cayó en mis manos una edición que, por esos días, hizo mi librero Aguirre de las Obras completas de León de Greiff. Yo era un adolescente e hice lo que hace un adolescente: imitar a los que ha descubierto como verdad absoluta, como necesidad del universo, como nueva e ineludible religión. Inventaba ciertos juegos de palabras, inventaba un vocabulario, a imagen y semejanza de De Greiff, exploraba mi intimidad y me cantaba, a la manera de Walt Whitman. Por lo que puedo recordar de mi propia historia, tal vez en el único momento en que fue certero eso de "dime qué lees y te diré qué escribes" fue en ese momento adolescente –¿mis trece, mis catorce años?– en que creí que mi hallazgo de Walt Whitman era algo más que la lectura de unos poemas: pensaba que era una profecía, una visión completa del mundo, una emoción nueva y necesaria y absolutamente mía.

Hasta ese momento, yo había sido lector de novelas, casi exclusivamente. Había hecho, sí, los cursos de poesía regional que hace en todas partes del mundo el lector adolescente con la poesía de su tierra, y con la poesía para niños: los cuentos pintados de Pombo, los dos o tres poemas de Epifanio Mejía y de Gutiérrez González que vienen mezclados con la leche de todas las madres antioqueñas, algo de poesía festiva típica de los libros de lectura elemental y pare de contar.

No. No pare de contar. También, y por responsabilidad de ser del pueblo de donde soy, algunos poemas de Barba Jacob. Resulta que en Santa Rosa de Osos, lo que no lleva el nombre de Pedro Justo Berrío está bautizado con el seudónimo de Miguel Ángel Osorio, es decir, Porfirio Barba Jacob. Por ejemplo, Escuela Porfirio Barba Jacob. De modo que era inevitable que desde muy niño hubiera oído la "Canción de la vida profunda" o la "Parábola del retorno".

Sin embargo ninguna de esas poesías me había conmocionado como llegó a hacerlo el "Canto a mí mismo". Y ninguna poesía como la de León de Greiff me había parecido tan juguetona, tan libre para inventar palabras y no tener que adaptar mis descubrimientos a palabras gastadas por el uso y las connotaciones no deseadas.

Lo que no había logrado ninguna prosa, que amaba y amo aún ahora, como la de Stevenson, la de Twain, la de Verne o la de Swift, lo consiguieron entre León Felipe, Walt Whitman y León de Greiff. Fueron ellos los que me inocularon el virus de la escritura. Con ellos creí que yo podía hacer lo que ellos hacían, al principio lo creí, para darme cuenta después, cuando pasó el sarampión adolescente, de que debía la tentación a ellos pero que yo tendría que buscarme, con paciencia, y carpintería, con errores y más errores, mi propia manera de decir las

cosas. Pero fueron ellos los que me hicieron creer que yo podía ser poeta, pobre de mí.

Para los que somos lectores viciosos, la adolescencia se prolonga por lo menos hasta terminar la universidad por la vía del adolescente vicio de estar a la moda. Si en los teen oímos la música que todos oyen, nos vestimos como todos se visten, nos dejamos el pelo como todos se lo dejan, los lectores seguimos esa misma ruta hasta los confines de los estudios de carrera, leyendo lo que está en las vitrinas de las librerías.

Durante esos años leí a Sartre, a Camus, El cuarteto de Alejandría de Durrell, Henry Miller, Faulkner, Hemingway, Graham Greene. Estando a fines del bachillerato estalló el boom y eso me hizo agotar las páginas de Borges, García Márquez, Rulfo, Onetti, Cortázar, Cabrera Infante. Hubo otros, que no tenían tanta popularidad y que a mí me encantaron, como Monterroso, Guimarães Rosa, Arreola, Ibargüengoitia. Hubo otros inmediatamente anteriores al boom, que descubrí por casualidad, como Felisberto Hernández.

Arrastrado por la moda, leí cosas que hoy me parecen basura, pero hice mis propios descubrimientos. Lo que es notorio es que lo que más leía era prosa narrativa y lo que más me interesaba era la poesía. Pero con la poesía no era tanto la cantidad como la intensidad. Por años tuve a mi lado los libros de poesía de Borges, de Rilke, de Michaux, de Cernuda:

libros que leí, siempre a saltos, de mil modos distintos. Claro que, recién llegado a Bogotá, con dieciocho años de edad que sobrellevar, algún poeta pedante, de seguro con buenas intenciones, me dijo que si no había leído a Holderlin, mejor renunciara de una vez por todas a escribir versos. Por supuesto, yo no había leído a Holderlin y la depresión me duró una eternidad, o sea, quince días.

Entre poetas jóvenes, las monedas de más valor eran Lezama Lima, Octavio Paz y, por supuesto, Neruda. Y, arrastrado por la inagotable capacidad de imitación de los muy jóvenes, yo también los leí: ni entonces ni ahora me interesaron particularmente. Si me iba a Cuba, prefería a Eliseo Diego; si me iba a México, mi predilección se inclinaba por Pacheco y Sabines, y si el asunto era Chile, me encantaba Nicanor Parra. Por lo demás, fueron los años en que comencé a leer lo que se conseguía, que era poco, de poesía colombiana. De esa época me queda la devoción por Aurelio Arturo y por Jaime Jaramillo Escobar, aunque también leí, con gusto, a Héctor Rojas Herazo, a Rogelio Echavarría, a Álvaro Mutis, a Charry Lara. Fue entonces, también, cuando leí más juiciosamente a Silva, a Pombo, a Barba Jacob, a Luis Carlos López, en fin, me construí un mapa íntimo de la poesía colombiana.

Ahora, cuando hago el balance, pienso que a todos les debo desde mi escritura, pero que la factura está muy repartida. Tal vez a los que más

les debo es a Parra y a Sabines. El primero acentuó la irreverencia y la antiolemnidad a la que había quedado inducido desde mis descubrimientos de Whitman y de De Greiff. El segundo me dio algo que yo me había traído de la prosa, el tono coloquial, al que, sin embargo, yo le había impuesto mi propia respiración.

(Releo lo anterior. Lo escribí hace varios días y ahora ya no estoy tan seguro. No me creo original. Soy el producto de un montón de cosas, entre ellas, de los libros que leo. Cuando escribo es igual. Me puede más un olor que un poema, me vence más un descubrimiento en una conversación, un sabor, que cualquier texto. Y, entre los textos existirán los autores que ahora, a posteriori, reconozco porque yo los amaba mucho entonces. Pero hay otros lenguajes, otros autores, que fueron saqueados por mí sin darme cuenta, una palabra sonsacada a este, un giro que este otro usa, cierta sintaxis que se me quedó en el subconsciente y que luego resucita como propia. Y no necesariamente son palabras o giros o sintaxis de poetas ilustres; puede ser algo que oí en la escuela, puede ser algo que dijeron en la radio). Al fin si lo que interesa es cierta coloquialidad, el poema pasa a alimentarse de manera catapultante por el habla cotidiana. Acaso sea el momento de citar a Eliot: "Toda revolución poética se hace desde el habla cotidiana", frase que me he repetido tanto que se me convirtió en un juego obsesivo, en

una frase poliédrica que combina sus elementos de manera perversa y reveladora y que me permito transcribir:

GLOSAS A UNA FRASE DE ELIOT

“Toda revolución poética se hace desde el habla cotidiana”. Toda habla cotidiana se hace desde la revolución poética. Toda habla poética se hace desde la revolución cotidiana. Toda revolución cotidiana se hace desde el habla poética.

Cuando hago el recuento de mis lecturas de fines del bachillerato y principios de universidad tengo la obligación de citar a una persona que sabe toda la literatura. Quienes lo conocen no me permitirán mentir. Hernán Botero ha leído todo. Cuando lo conocí, yo acababa de terminar el quinto de bachillerato y él pugnaba por no morirse del tedio en la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia. Desde entonces hasta hoy, después de conocer profesores y maniáticos de la lectura en varios países, puedo asegurar que no hay nadie con tantos libros en la cabeza como este, hoy profesor jubilado de Literatura.

A Hernán le debo muchísimos autores y enumerar algunos es limitar todo lo que me hizo leer. A Hernán le debo a Raymond Chandler, a Dashiell Hammett, a Claude Houghton, a Marcel Schwob, a Ítalo Calvino, a Jules Renard, a André Gide, a Giovanni Papini, a Virginia Woolf, a Diderot, a Swift, a Mark Twain (el Swift que no lee un niño, el Twain que

no lee un niño). Igual con Thomas Hardy, Stevenson y Dickens. Me enseñó a Conrad, a London, a Tolstoi... Nos podríamos quedar horas aquí y yo todavía estaría con la lista de autores que me dio Hernán Botero a leer. A Hernán, además de libros y autores concretos, le debo una actitud que pude adquirir muy joven: en literatura no importa la moda; como en todo lo demás, le aprendí, la moda no es un criterio para establecer verdades o valores entre poetas o narradores. Eso lo aprendí de Hernán, aunque ese saber lo he radicalizado con los años.

Mientras estuve en la universidad no me alcanzaba el dinero para comprar todos los libros que deseaba. Por eso comencé a reseñar libros y esto me abrió las puertas para que los distribuidores de las editoriales preferidas me dieran gratis los libros que les interesaba divulgar y los que yo deseaba leer, en una transacción en la que casi nunca coincidían los títulos que ellos impulsaban con los que yo quería.

Siempre me ha gustado hacer reseñas. Pienso que el comentario bibliográfico no es más que un ensayo breve. Por ese mismo gusto, en su momento acepté ser reseñista semanal de la revista Cambio. Aquello duró más de cinco años. Necesité que se acabara para darme cuenta de que es bueno hacer reseñas pero que, a la larga, convertida en obligación semanal, la reseña es una servidumbre muy esclavizante a favor de estar al día. Ahora reseño esporádicamente, pero ya no estoy

obligado a estar al día. Puedo estar al ayer, al antier, a lo más anacrónico y olvidado.

Con el tiempo, y eso lo veo apenas ahora cuando me pongo a pensar en el asunto, dentro de mí se han desarrollado varios lectores, distintos entre sí. El primero, el papá de todos, el que más quiero y cuido, es el lector sensual, el epicúreo de los libros, el Darío que sólo busca placer en la lectura. Ese lector voluptuoso tiene un comportamiento fiel a su naturaleza, guiada por el instinto del gozo: bajo esta luz hedonista, algunas carencias se convierten en virtudes, por ejemplo la capacidad de olvido; así mientras lee, todos sus sentidos están concentrados en ese universo aparte que es un buen libro. Al cerrarlo, comienza un rápido, un devastador proceso de olvido, bendito olvido que significa que podré volver a ese texto a sabiendas de que ya lo disfruté una vez y seguro de que mi desmemoria me proporcionará un renovado regocijo.

Ese primer lector, con justicia puede ser llamado lector erótico; su disfrute es en tiempo presente, como es el goce erótico. E, idéntico a este, su placer de lector no puede ser reproducido por la memoria, al igual que un acto erótico no es nada después de que ha pasado. Además, actúa según lo dicta el cuerpo: si un libro no le gusta, lo abandona.

El segundo lector que hay en mí es un poco, solo un poco, más racionalista; se trata de un individuo que ha aceptado o se ha impuesto previamente la tarea de escribir sobre el libro que lee. Durante mucho tiempo ese trabajo era la reseña del libro y últimamente, cada vez con más frecuencia, el libro forma parte de un conjunto más abierto, y es sobre este grupo que escribo, como cuando he tenido que hacer prólogos a las obras reunidas de algunos poetas.

Al respecto hay algo que me ocurre: para escribir sobre un libro, o sobre un conjunto, este o aquel me tienen que gustar. Si no, simplemente no soy capaz de escribir. Hubo un tiempo, cuando estaba muy joven, tan joven que creía que podía transformar el mundo, un tiempo en que, con ingenuidad y tontería, me sentía obligado a dejar constancias de mis desacuerdos. En esa época llegué a escribir diatribas demoledoras sobre libros malos. Después me di cuenta de que son tantos los libros malos que, si fuera a hacerlo bien, me pasaría la vida leyéndolos y comentándolos; y que en lugar de derivar gusto, mi tiempo de lectura se convertiría en unas largas y tediosas horas de sadomasoquismo, infligiéndome la tortura de lo mediocre, de lo tonto, y diciéndole tonto a cada tonto y mediocre a cada texto. De contera, si adoptara esa actitud, me mantendría embarcado en discusiones. Y no me gusta discutir.

No me gusta discutir. Desde que se la oí a Vicente Quirarte, me gusta repetir una historia al respecto. Su protagonista es un escritor mexicano que llegó casi a los cien años. Le preguntaron cómo había llegado tan lúcido y tan contento a esa edad y respondió: "Nunca le llevo la contraria a nadie". Alguien, por supuesto muy joven, le replicó de inmediato que eso era imposible. Entonces nuestro sabio centenario lo miró a los ojos, movió la cabeza afirmativamente pero sin quitarle la mirada y le dijo: "Usted tiene razón". No, no me gusta discutir.

Fue entonces cuando descubrí que no soy un crítico. Cuando he escrito sobre libros, lo que he hecho es dar testimonio de mi placer. Cuando fui reseñista semanal, lo que tenía era un recetario de buenos libros. Entonces, consideraba que mi papel consistía en decir qué lectura les recomendaba a los compradores de la revista.

Por fortuna, ya hace mucho se me acabaron las reseñas como deber semanal. Desde entonces he ido perfeccionando fórmulas para leer libros maravillosos. Enseguida les voy a contar algunas que creo infalibles porque nunca me han fallado.

La primera ley, para el lector de novelas y narraciones, es leer libros escritos antes del 31 de diciembre de 1899. Va uno a la fija. Según mi conjetura, son varios los hechos que contribuyen a esta seguridad. Principalmente la selección natural que se ha operado por el paso del

tiempo y la concepción narrativa que obligaba a los escritores a conquistar al lector, a seducirlo para forzarlo a la lectura.

Primero que todo, se ha decantado la cantidad de novelas que perduran. Miles de novelas de ese siglo tan novelístico como el XIX se dejaron de editar y sobrevivieron las mejores, como corresponde a unas pautas tan novecentistas como los descubrimientos de Darwin. "Estudiosos como Wheeler (1984) y Gilmour (1986) estiman en cuarenta mil, cifra sin duda extraordinaria, el número de novelas publicadas en Inglaterra entre 1837 y 1901"*¹. ¡Cuarenta mil! Y todavía no hablo de Rusia, de Alemania, de Francia y de España. Pero el tiempo pone todo en su sitio y lo que se ha preservado es excelente.

Si todo esto puede decirse del siglo XIX, con mayor razón de los siglos anteriores. Pero de lo que queda, hablo de narraciones, todo, absolutamente todo, tiene una altísima calidad. El Decameron, Los cuentos de Canterbury, Lazarillo de Tormes, Gargantúa y Pantagruel, Los viajes de Gulliver, El Quijote, El Buscón, Raselas, Cándido, Tom Jones son unos pocos ejemplos de material infaliblemente bueno, anterior al siglo XIX.

Y en el XIX está la más grande cosecha, tan extensa que deliberadamente quiero evitar el convertir estas páginas en una lista.

¹ * En el prólogo de La suerte de Barry Lyndon. Madrid, Cátedra, 2006, p. 15.

Básteme mencionar los tres nombres mayores, que para mí son Dickens, Tolstoi y Victor Hugo: cualquier narración de ellos, no solo las más conocidas como David Copperfield, Anna Karenina y Los Miserables, sino el montón de páginas narrativas que cada uno de ellos escribió. A Victor Hugo la Wikipedia le calcula 18.000 páginas de novelas, así que hay suficiente para el resto de la vida.

Lo mejor es que hay bastantes más extraordinarios contadores de historias en el siglo XIX. Stevenson, Thackeray, Collins, Austen, Dostoievski, Chéjov, Turgueniev, Goncharov, Pushkin, Balzac, Flaubert, Stendhal, para mencionar solo artistas de los países de las tres personas del Dios narrador del siglo XIX, Dickens, Tolstoi y Victor Hugo.

Al respecto de este gusto anacrónico, Chesterton escribió: “La mayor utilidad de los grandes maestros de la literatura no es la literaria; está fuera de su soberbio estilo y aun de su inspiración emotiva. La primera utilidad de la buena literatura reside en que impide que un hombre sea puramente moderno. Ser puramente moderno es condenarse a una estrechez final; así como gastar nuestro último dinero terreno en el sombrero más nuevo es condenarnos a lo pasado de moda”.

No soy ni el más remoto remedo de los escritores que acabo de mencionar. Ellos son dioses, yo soy una bestia preverbal. Ellos son artistas y yo aprendiz. Está claro para mí algo que contraría el

pensamiento del siglo XX, tan esclavizado por las ansias de originalidad y de innovación. Me encantan las novelas con trama, nudo y desenlace. Adoro meterme en el tiempo imaginario de las novelas y abandonar este vulgar transcurrir sucesivo y monótono de los relojes de este momento. Esto como lector. Como escritor de novelas he intentado hacer lo mismo, contar historias, en algunos casos contar vidas enteras, que mantengan viva y alerta la capacidad de goce de los que lleguen a leerme. Pero soy un pigmeo. Esos tipos del XIX eran unos monstruos, eran ángeles, eran dioses.

En una de mis novelas traté de rendir un homenaje a Rubén Darío. Y de pagarle una deuda, pues siendo poeta joven nunca le encontré la gracia y fue mucho después que lo leí de nuevo y me envolvió, me fascinó. Rubén Darío es una buena puerta de entrada para el tercer tipo de lector que me habita. Se trata de un individuo que ama la poesía. Ese individuo casi nunca lee libros enteros. Siempre está leyendo un poema acá, otro dentro de unas horas, uno más en la cama –de noche o de mañana–. Leo clásicos como Darío, como Bécquer, como Quevedo, como Lope y Garcilaso, como Machado y Juan Ramón. Estos los leo con mucha frecuencia y desde hace muchos años. Y hay algo que me asombra en ellos: su maestría, su originalidad, de modo que siempre estoy descubriendo cosas en ellos.

Más desconfiado y más exploratorio es el lector de poesía que ensaya con poetas de nuestro tiempo, poetas de aquí o de España, o de Argentina, o de México, o de Venezuela, principalmente de estos países. Poetas que he conocido y que me han regalado sus libros, poetas cuya lectura me recomiendan. Acerca de este lote debo decir que, como en todos los tiempos, la poesía es escasa y esa escasez no se remedia por el procedimiento estadístico de editar mucho para aumentar en la misma proporción la buena poesía. No ocurre así. Casi todo es respetable solamente en el terreno de las buenas intenciones o de la capacidad catártica que tiene la poesía, y que seguramente les ha permitido a sus autores ahorrarse la cuenta del psiquiatra. Pero no es mucha la buena poesía en términos de literatura. Nunca ha sido. Es muy difícil y lograr un buen poema no tiene método conocido; existen, sí, varias fórmulas infalibles para escribir un mal poema. Enuncio varias: no corrija, escriba en estado muy alterado de la emoción –muy enamorado, muy emocionado, del muy conmovido, muy drogado–, no lea poesía, trate de que su poema demuestre algo.

Me quedo en esto último: leer poesía y escribir poesía. Mucho me temo que casi todo lector de poesía ha escrito poemas antes o los escribe ahora. También me temo mucho que uno es susceptible para recibir las influencias de muchos poemas, incluso malos poemas, aunque partir de un mal poema puede conducir a un buen poema. A veces es posible

saber qué estaba leyendo uno cuando escribió este o aquel verso. Lo complicado es que existen influencias subterráneas, inconscientes y constantes que uno mismo no sabe que están ahí, que se han vuelto parte de uno. Me pasa a veces que descubro en un poeta que leí antes algún verso que yo imité o parafraseé sin proponérmelo, inconsciente de que las palabras brotan de algo que leí y no de algo que inventé.

No me creo original. Tampoco creo en la originalidad. La originalidad es un embuste del romanticismo, del individualismo. Se supone que es un valor y todo es mentira: no hay nada nuevo bajo el sol. Y el que se impone la originalidad como propósito, como axiología de su oficio, resulta repetitivo, resulta vacío, resulta tonto. Dice Chesterton: "Se pueden encontrar todas las nuevas ideas en los viejos libros, solo que allí se las encontrará equilibradas, en el lugar que les corresponde y a veces con otras ideas mejores que las contradicen y las superan".

Y así como no creo en la originalidad como desiderata estética y ni siquiera creo en ella como posibilidad real de expresar algo verdaderamente nuevo, del mismo modo ni aspiro a ser original ni creo que lo sea. Soy un producto de muchos elementos, soy un rompecabezas, posiblemente sin demasiada coherencia, de palabras y de olores, de impulsos instintivos y de ideas heredadas, de influencias de los amigos o de los amores y de fobias inconscientes, de tradiciones

y de novedades, de libros y de canciones, de leche materna y de humo de marihuana, de vino y de café, de oraciones y de blasfemias, de ganas y de pereza, de delicadezas paladar y de paisajes broncos. Soy un rompecabezas de componentes racionalizados en menos de un cinco por ciento y de fenómenos involuntarios e inconscientes en un noventa y cinco por ciento.

La originalidad es uno de los pilares de la idea de progreso, mito reciente, con no más de cuatro siglos de existencia y, hoy por hoy, totalmente incorporada al modo de pensar dominante. Mito, además, operativo y transformador: a la idea de progreso debemos lo que hoy se llama progreso y que está integrado, básicamente, por innovaciones tecnológicas que han modificado la vida diaria, como la energía eléctrica o el procesamiento de datos por máquinas, como el transporte mediante el consumo de combustibles fósiles, como la eliminación o reducción de las distancias mediante las telecomunicaciones.

No es este el sitio para debatir si todos esos cambios constituyen mejoría o si el progreso es un cambio de formas y de complementos de circunstancia que no toca el fondo humano o que, si lo toca, es para potenciar la capacidad del hombre para hacer daño y para difundirlo con rapidez y eficacia, como me temo que sucede. Pero el asunto viene a cuento aunque sea por una sola razón: puede que haya progreso

tecnológico, pero eso no significa que haya progreso en las artes. Siento que no acumulo saberes y procedimientos en la labor de la escritura, que todos los días parto de cero, que siempre estoy comenzando.

No es cierto que el oficio creativo, escribir por ejemplo, escribir poesía o narraciones, sea una labor en la que uno va progresando, mejorando cada día. Es lo contrario: la experiencia no es acumulable, el aprendizaje tampoco. Un día uno escribe un poema que parece bueno y, esa noche, emocionado por haber podido escribir algo que parece digno, garrapatea algún bodrio celebratorio. No hay caso. Solo como excepciones conozco obras –poéticas o narrativas– en que cada nuevo texto sea mejor que el anterior. Lo que vivo es que, como poeta, todos los días me levanto desnudo, individuo esponja conformado por un millón de elementos, un sujeto traspasable por las iluminaciones o las torpezas, sin poder para escoger entre unas y otras, inferior a lo que aparezca.

Estoy hablando de disponibilidad para recibir a la esquivia, a la tirana, a la poesía, que se presenta siempre cuando le da la gana. Y que no solo aparece cuando uno lee, aunque también, sino en muchas otras circunstancias de la vida.

Vuelvo a la adicción lectora. Y vuelvo porque lo que sí está visto es la capacidad alienante que tiene el vicio de fumar libros. Baste citar la novela más famosa de toda la historia, que trata, justamente, del grado

de locura que un individuo puede alcanzar si se encierra a leer novelas. Baste invocar las prohibiciones de la legislación de Indias, inspiradas en el espíritu del Concilio de Trento: no se podían traer novelas a América por temor a que se alborotara la loca de la casa, mote con que mis educadores jesuitas conocían a la imaginación.

Lógicamente, con el estímulo de la prohibición y el caramelo adicional de que el castigo es ejercitar la imaginación, somos ya muchos los que hemos acabado por convertirnos en inveterados e incurables fumadores de libros. Esto está relacionado, aunque no sé de qué modo, con algo que aparece en los casos más avanzados de este vicio, y es el desajuste frente a la realidad, o no desajuste sino desacuerdo radical con la forma en que funciona el mundo. Con razón decía Hermann Broch en *Los inocentes* que “la llamada realidad no es más que el envilecimiento de nuestras suposiciones”.

Sí, no sé de qué modo existe esa relación. Puede ser porque el desarrollo de la imaginación haga patente las mezquindades de la realidad. O puede ser que el sentirnos incómodos con lo que se llama realidad nos lleve a refugiarnos en los libros. Ignoro si es un punto de partida o una llegada. No sé si es un hallazgo o una huida. En todo caso, un tipo como Papini lo expresó de manera tajante: “Sea cual sea el gobierno del mundo, yo estaré siempre en la oposición”.

La mejor explicación de esta desconexión se la debo a Rafael Cadenas. Cadenas dijo que “la mayoría de las personas ven mediante el intelecto más bien que con los ojos”, y cita a Paul Valéry, que encuentra que los hombres, en general, “...perciben más según un léxico que de acuerdo con su retina”.

Ahí, exactamente ahí, está el papel de la poesía. Dice Cadenas: “El nombrar poético estaría encargado de acercarnos a la cosa y dejarnos frente a ella como cosa”. Por eso mismo, y viviendo la más intensa paradoja en el pellejo y en las vísceras, en la cabeza y en los sentidos, quien se entrega a los libros, a las palabras, en el silencio placentero de la lectura o la escritura, en lo que está es en la comprobación permanente de la distancia entre las palabras y las cosas y, mediante la poesía, se encuentra involucrado en la restauración de las cosas merced al hallazgo de palabras con piel y aliento.

Existe, pues, una inconsciencia de las palabras, que más que nombrar las cosas, las convierte en obstáculos. “La mente es una parte con pretensiones de todo. (...) Pero la mente no se presenta en el mundo como mente; lo hace en forma de yo; al referirnos a alguien no pensamos en una mente sino en un yo. El yo es un centro personal creado por la mente. (...) De la sensación a la palabra hay un trecho, el espacio de una magnificencia, pero también de un desequilibrio: los

seres humanos, en lugar de demorarse en ese espacio silencioso en que ocurre el contacto primordial, acuden apresuradamente a refugiarse en las palabras”, ha dicho Cadenas.

Lo que hace la pasión por la lectura y, más, lo que hace la pasión por la escritura es desyoizarnos. Con razón Keats afirma que el poeta “no tiene yo” y reafirma que “un poeta es lo menos poético de la existencia, ya que carece de identidad”. Y perdiendo la identidad, ganamos en comunicación con las cosas y podemos bautizar de nuevo el mundo. Ambas exigen un silencio necesario que facilita la vida interior, la más escasa y difícil de las vidas que podemos llevar en nuestro tiempo. Como dice Karl Kraus: “La civilización actual es una vasta conspiración contra todo asomo de vida interior”.

Por mi parte, los libros se han convertido en el último refugio ante las miserias y atrocidades que la tontería o la perversidad humanas han terminado por imponernos como la vida normal. Esa falta de vida interior, la imposibilidad de encontrar un lugar o un instante de silencio, el ejercicio del poder, a veces con las armas por delante, otras con amenazas y extorsiones más sutiles; los ideales del mundo moderno como la riqueza, el consumo ostentoso, el éxito, la moda: de seguro he aprendido a despreciar esas cosas leyendo libros. Y, a la vez, los libros me han servido de refugio para evadir

la desaforada competencia, la prisa, la alharaca, la codicia y la falta de intimidad. Dime qué y qué tanto lees y te diré qué tan blindado estás contra el horror del mundo en que vivimos.

“Leer noticias, cuentos o curiosidades científicas tal día de la semana, por ejemplo, contribuye a familiarizar con ciertos géneros y a consolidar los hábitos de lectura; situaciones puntuales –como escribir un mensaje por correo electrónico a un alumno de otra escuela– que se desarrollan en un tiempo muy breve pueden contribuir a consolidar ciertas prácticas de comunicación por escrito; secuencias de situaciones de lectura –como leer cuentos de determinado escritor o de cierto subgénero, por ejemplo– pueden extenderse durante unas semanas y contribuir a consolidar quehaceres del lector tales como seguir a un autor o establecer relaciones intertextuales... El entrecruzamiento de estas diferentes temporalidades permite a los alumnos realizar simultáneamente diferentes aproximaciones a las prácticas –participar en un mismo periodo en actos de lectura y de escritura dirigidos a diversos propósitos– así como volver una y otra vez a lo largo del tiempo a poner en acción un cierto aspecto de la lectura o la escritura –escribir, reescribir, releer, transcribir, resumir...–, a retrabajar un tema, un género o un autor”.

Delia Lerner. Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario. Fondo de Cultura Económica, 2001.

Francisco Cajiao

Filósofo y economista, se ha dedicado toda su vida a la educación como maestro en todos los niveles y ha desempeñado cargos de dirección en universidades públicas y privadas. Ha sido consultor de las Naciones Unidas y de la CAF en diversos países y fue secretario de Educación de Bogotá. Además de ser columnista de El Tiempo, ha publicado numerosos libros y artículos sobre el tema de la educación.

¿Qué significa leer y escribir?

Francisco Cajiao

Una reflexión inicial

Hace poco, en un encuentro de maestros escuché una anécdota muy divertida que me ha puesto a pensar en los muchos años que he dedicado a la educación.

Me decía mi interlocutor que en una universidad muy prestigiosa se programó una conferencia magistral de un experto en neurociencias y desarrollo del aprendizaje. Puntualmente se presentó el profesor ante un muy nutrido público de académicos y estudiantes y comenzó diciendo con gran certeza que en los últimos tres años había enseñado a hablar a su perro. Después de un silencio expectante, añadió: también le enseñé a hablar en inglés. El silencio y las miradas de intriga entre los

asistentes se repitieron. De inmediato, antes de que nadie dijera nada, se adelantó a decir que además tenía el perro allí mismo y que si querían verlo. Ante los gestos de afirmación de algunos asistentes fue al vestíbulo del auditorio y trajo un perrito blanco muy bonito, lo puso sobre la mesa del escenario y esperó. Naturalmente el perro se contentó con estar allí. Finalmente alguien se atrevió a decir: ¿no dijo que el perro hablaba? El catedrático, entonces, dijo: “Les he dicho que en los últimos tres años le he enseñado a hablar, pero nunca dije que hubiera aprendido”.

Creo que la anécdota es más que suficiente. Durante años enseñamos a los niños muchas cosas. Entre otras, y quizá la más importante, le dedicamos mucho tiempo a enseñar a leer, pero las pruebas y evaluaciones nacionales e internacionales muestran que no han aprendido. A muchísimos ni siquiera les gusta. Aunque tal vez lo que les molesta es la idea de leer como leemos los adultos, porque la verdad es que desde muy pequeños, desde que nacen, están leyendo miles de cosas que sí les gustan.

De cualquier manera, lo importante es explorar de qué manera pasamos del lado del enseñar cosas a la orilla del cómo se aprenden, incluyendo la habilidad de leer.

Ojalá estas páginas contribuyan a una reflexión sencilla sobre la experiencia cotidiana de los habitantes de un planeta en el que las palabras siempre van por delante de las cosas.

Resolver acertijos

Tal vez no haya mejor definición de lo que significa leer que el esfuerzo permanente por resolver acertijos o, mejor todavía, develar misterios.

Un texto escrito, un mapa, una baraja de naipes o un gráfico estadístico comienzan a significar algo cuando disponemos de una clave que nos permite descifrarlos para descubrir lo que nos quieren decir.

La gente acude a los adivinos que saben leer las líneas de la mano. Los astrónomos leen las estrellas. Los ingenieros constructores leen los planos que han diseñado otros. Los músicos leen partituras. Los niños pequeños leen los gestos que hacen sus padres.

La vida entera de un ser humano depende de su capacidad de leer todos los signos que le permiten saber quién es, cómo lo ven los demás, lo que necesita, los peligros que lo amenazan, lo que piensan los demás, la forma como deben proceder en cada situación. Para desplazarse por una ciudad es necesario estar leyendo todo el tiempo mapas, placas con el nombre de las calles, letreros que anuncian el nombre de negocios y restaurantes. Cuando dos personas se encuentran tienen que leer lo que

cada uno dice, la forma como lo dice, la expresión del cuerpo de quien habla, el tono de voz, el acento particular de su vocalización.

Saber leer, entonces, no es solamente un ejercicio de asignar sonidos a unas letras para armar palabras que luego estructuran frases. Esta es solo una clave inicial que abre una rendija al inmenso horizonte de posibilidades que se esconden detrás del garabateo ordenado en líneas más o menos regulares sobre una hoja de papel.

Leer es un ejercicio continuo. En muchos casos se aprende de manera espontánea, porque desde el nacimiento se está en contacto con signos que aprendemos a descifrar de la mano de los padres, los hermanos y los parientes. Pero hay otros signos más difíciles de comprender para descifrar lo que contienen los múltiples lenguajes que usamos los seres humanos.

Hace falta un proceso bastante complicado para diferenciar las letras del abecedario y aprender a combinarlas hasta que adquieren el poder mágico de las palabras. Y luego se debe aprender a combinar palabras que logran significados múltiples dependiendo de cómo estén ordenadas, del contexto en el que aparecen, a veces del tamaño, el color o la forma que tengan, de la época en que fueron escritas, del papel que las soporta... Para todo esto hay claves que deben aprenderse, mecanismos que ayudan a descifrar sus contenidos ocultos, preguntas

que se deben hacer a esos textos que siempre tratan de ocultar su verdadero significado o su intención más profunda.

Leer es, entonces, la capacidad de descubrir significados escondidos y, por tanto, quien sabe leer de verdad tiene la posibilidad de ver muchas más cosas en el mundo que aquel que no domina esta habilidad.

La lectura es una forma de conocer lo que nos rodea, más allá de lo que puede apreciarse a simple vista. Se puede, a través de ella, penetrar en lo que otros seres humanos saben y piensan, sin importar si están vivos, si están presentes, si pertenecen a nuestra misma cultura o si dejaron su rastro hace miles de años.

Por eso, la lectura es el vehículo esencial de toda construcción humana, en tanto que permite no solamente comunicarse con otros, sino apropiarse de otras experiencias y comprender lo que otros comprendieron en su momento y en sus circunstancias particulares. De esta manera, cada persona que sabe leer puede explorar los aspectos más insospechados de la historia del mundo y de la humanidad, y también puede hacerlo dentro de sí misma todos sus propios misterios y dar inicio a la construcción de nuevos mundos interiores. Ahora bien, el problema es cómo se enseña a leer. Cómo se aprende a leer. Qué significa aprender esta mágica habilidad que nos hace tan diferentes de

otras especies y que nos diferencia también como individuos. Tal vez lo mejor sería no enseñar, para que no nos ocurra lo mismo que al perro del amigo de mi amigo. ¿Qué tal si tomáramos un libro y le sugiriéramos a un grupo de niños que se trata de un objeto mágico, lleno de misterios por descubrir, pero capaz de darnos las respuestas si sabemos conversar con él? ¿Qué tal si con este preámbulo dejáramos que lo miraran, lo tocaran, pasaran sus páginas y luego comenzaran a hacerle preguntas? ¿Qué preguntarían?

Seguramente querrían saber qué dice –porque los libros hablan–, para algunos sería importante saber quién lo escribió o quién hizo las ilustraciones, y a lo mejor algún pequeño más agudo querrá saber por qué hay algunas letras más grandes que están en otro color, y luego habrá quienes directamente se ocupen de elementos de la historia que trata el libro... Cada pregunta abre una clave de lectura diferente, aunque todavía los niños no conozcan el abecedario. Pero ya han iniciado un diálogo con su libro, ya querrán las respuestas, ya están preocupados por la historia... esto, desde luego, es muy diferente a descifrar la eme con la a, que suena “ma”.

Leer signos

El ser humano, desde su nacimiento, está rodeado de objetos de la naturaleza y de signos que constituyen el universo humano en el cual tendrá que moverse a lo largo de toda su vida.

A través de nuestros sentidos estamos en contacto con objetos con los cuales establecemos una permanente interacción, mediante la cual vamos conociendo sus propiedades particulares y la forma como nuestro cuerpo se puede relacionar con ellos. Distinguimos, a través de los sentidos, el frío, el calor, la característica de las superficies, las propiedades de forma, peso, textura. Así, poco a poco, los niños muy pequeños van aprendiendo a leer un entorno en el cual pueden moverse adecuando su cuerpo y sus sentidos a las condiciones del ambiente en el que habitan. A toda esta experiencia corporal se le van poniendo nombres: grande, pequeño, duro, blando, afilado, pesado...

El diálogo continuo entre la experiencia y las palabras es el que nos permite enriquecer nuestro paso por la vida, comprender a otros y ser entendidos por ellos. Pero se requieren las dos cosas: la realidad y el lenguaje. Solo realidad sin lenguaje nos ubica en el mismo nivel de un animal muy inteligente pero incapaz de expresar sus aprendizajes. Solo palabras que no podamos relacionar de algún modo con experiencias vividas nos dicen muy poco y terminan siendo eso: solo palabras. Eso

les pasa a muchos niños, que no entienden lo que leen porque tienen poca oportunidad de experimentar y comprender la experiencia y porque en su medio social y cultural se usan muy pocas palabras. Por eso, frente a un texto parecen perdidos, carentes de todo interés y como si esas líneas de signos no tuvieran forma de ser traducidas a la propia experiencia vital para ampliarla y darle sentido.

Un niño que ha crecido en un ambiente urbano se puede mover con facilidad en construcciones arquitectónicas complejas donde abundan puertas, escaleras, recovecos, máquinas, instalaciones eléctricas, equipos de comunicaciones. Del mismo modo, el que ha crecido en un ambiente natural completamente distinto, como un desierto, por ejemplo, sabrá moverse por allí, encontrar agua, caminar sobre la arena caliente, identificar peligros, hacer fuego, orientarse por el paisaje. Así, por su experiencia, su familia y su lengua serán dueñas de unas palabras muy propias que les sirven para comunicarse en sus espacios y ambientes. Si estos niños se intercambiaran de un momento a otro y se los dejara solos por unos días se haría muy evidente la dificultad de cada uno de ellos para moverse con facilidad en un medio extraño y sería fácil constatar la inmensa cantidad de aprendizajes que se requieren para descifrar el medio en el cual nos movemos y comunicar a otros nuestras experiencias y necesidades, aún si se usan las mismas palabras.

Aprender a leer, entre otras cosas, es precisamente eso: entender más allá de las palabras, entendiendo quién las dice, en qué contexto, con qué intención. Como cuando conversamos con otra persona. Si la conocemos muy bien, la sabremos leer muy bien, de manera que cada gesto y cada cambio de entonación y cada silencio podrán ser interpretados de manera adecuada. Pero cuando conocemos a alguien por primera vez requerimos mayor esfuerzo para comprender completamente lo que nos dice. Incluso con frecuencia llegamos a entender todo lo contrario de lo que la otra persona quería comunicarnos. Lo mismo ocurre con la lectura, cuando no estamos familiarizados con un tema, con el autor o con el estilo. Por todo esto, como decía al principio, aprender a leer es aprender a descifrar misterios y resolver acertijos, que es, en últimas, el oficio más fascinante para el ser humano: ir más allá de lo obvio, penetrar en la entraña oculta de los demás seres humanos y del universo.

¿Qué se lee y qué se escribe?

Esta es una pregunta central cuando se quiere avanzar socialmente hacia una manera más humana de vivir la vida. Los niños, los jóvenes, los adultos y los ancianos construyen cultura en la medida en que son capaces de comunicar sus percepciones del mundo, sus anhelos, sus sufrimientos, sus ideas, sus relatos. Esta es la función central de la

lengua. Pero para trascender el tiempo y las distancias, para superar la multitud, surgió el texto que es la objetivación del pensamiento a través de una enorme variedad de signos susceptibles de ser conservados, reproducidos e interpretados sin importar las barreras que imponen el tiempo y las distancias.

Lo que se lee y lo que se escribe son textos y los textos no son otra cosa que variadísimos receptáculos de memoria humana. En los textos se guarda lo que los seres humanos piensan y sienten, el resultado de sus pactos y acuerdos para convivir, sus representaciones del mundo, sus invenciones e ilimitados actos de creación individual y colectiva que han conducido a lo largo de la historia a transformar el mundo, los modos de vida, las organizaciones sociales, las concepciones sobre la vida. La memoria convertida en texto guarda lo que cada persona es capaz de pensar de sí misma, la forma como elabora su experiencia, el recuerdo del pasado.

Por esto recuperar la memoria perdida de los pueblos que no escriben, de las comunidades que no han tenido oportunidad de consignar su versión de los hechos que las han afectado, de las creaciones que han quedado ocultas en el silencio del tiempo es parte del ejercicio de construcción de una cultura que no puede reducirse a escasas minorías capaces de convertir su propia memoria en la única versión del

transcurrir humano. Un programa de fomento de la escritura y de la lectura es en esencia la exaltación de los textos que todas las personas pueden producir a partir de su propia experiencia creadora.

Inducir a los niños, desde la primera infancia, a consignar su visión de la realidad material, espiritual e imaginada es la tarea de una escuela consciente de su función cultural. Más allá del desciframiento de los signos escritos, claves para penetrar en la herencia universal, lo más importante es comprender que esos mismos signos, sean ellos palabras, relatos, poemas, dibujos, mapas, diagramas, fotografías, videos y toda la variedad de formas expresivas que nos permiten ser comunidades de significado, son las herramientas con las cuales se deja una huella en el tiempo.

Leer y escribir deben ser ejercicios del espíritu, antes que habilidades mecánicas o mecanismos de desciframiento de signos convencionales. Cuando se producen textos reales, es decir, objetos simbólicos que transmiten experiencia humana, se comprende mejor el significado de todos aquellos textos que circulan en la sociedad y que son susceptibles de ser leídos para enriquecer la propia vida.

A partir de esta conciencia del tiempo que constituye la memoria histórica es posible iniciar el camino a todas las literaturas –textos compuestos de palabras–, todas las iconografías –textos plasmados en

imágenes-, todas las músicas –textos escritos en partituras
multiformes–...

Desde los primeros días de su vida los seres humanos se convierten en descifradores de signos y la familia, la escuela y el conjunto de la sociedad tienen en sus manos la responsabilidad de ayudar a que todos los miembros de la comunidad puedan acceder a las formas de expresión más variadas posibles, tanto para comprender lo que los rodea como para consignar sus propias creaciones.

“Escribir para experimentar. Tomar todo lo que tengo en mi cabeza y en el corazón y darle forma. La escritura es un molde. Cada vez que profundizo en la escritura, siento que me entiendo mejor”.

Óscar Humberto Mejía Blanco, autor del cuento La hoja de papel.
Estudiante ganador de la tercera categoría del 4.º Concurso Nacional de Cuento.

“La lectura y la escritura me permiten crecer y hacer parte de un mundo fantástico en donde todo es posible, me dan libertad y grandeza, puedo hacer y decir lo que siento, lo que espero y lo que quisiera que sucediera. Leer y escribir es poder mover el mundo desde tu imaginación”.

Gabriela Valentina Galvis Cely, autora del cuento La verdad sobre las moscas. Estudiante ganadora del 4.º Concurso Nacional de Cuento.

Yolanda Reyes

Fundadora del Taller Espantapájaros y escritora. Entre sus obras figuran El terror de sexto B, Los años terribles, Los agujeros negros, Una cama para tres, El libro que canta, Pasajera en tránsito y el ensayo La casa imaginaria: lectura y literatura en la primera infancia. Es columnista del diario El Tiempo de Colombia.

La sustancia oculta de los cuentos

Yolanda Reyes

El hilo de la memoria

Hace mucho, pero muchísimo tiempo, mucho antes de aprender a leer solos, tal vez una voz amada nos contó cuentos. Deberíamos seguir el hilo de la memoria para evocar ese rostro, ese tono de voz, esas manos que iban señalando reinos y palacios lejanos, para construir una arquitectura que no existía entonces y que, sin embargo, era más real que todo lo demás: más real que el borde de esa cama que olvidamos; más real que la habitación o el patio o las noches de aquellos tiempos... más real que nuestras caras de entonces.

Y ahora, cuando ya hemos olvidado el rostro que tuvimos y la edad exacta y el vestido, tal vez seguimos acordándonos de algún retazo de la historia, de alguna fórmula mágica de inicio, de algunas palabras que

se repetían como un canto y que nombraban todo aquello de lo que no se hablaba durante el resto de las horas, todo aquello que no se decía en las visitas ni en la mesa ni en la fila del colegio...

El primer cuento que recuerdo, tal vez el más triste de los cuentos que conozco, más que cuento era letanía e indagaba, como en el fondo lo hace siempre la literatura, en los misterios de la vida, con dos de sus dramas recurrentes: el amor y la muerte. Era la historia de la Cucarachita Martínez contada por mi abuela muchas noches a la misma hora. Por si no saben el cuento, la Cucarachita, barre que te barre la puerta de su casa, encontraba una moneda, y con la moneda se compraba una cinta para el pelo. Y luego, así, tan linda, se sentaba en esa misma puerta a esperar que alguien la enamorara. Pasaban el perro, el gato y otros animales, y todos le decían la misma frase: "Cucarachita, cómo te ves de bonita. De corazón te lo pido, ¿quieres casarte conmigo?". Ella, como se acostumbra en los cuentos tradicionales, contestaba siempre igual: "Eso depende: ¿cómo me enamorarás?".

El perro decía "guau", el gato decía "miau" y ella volvía a contestar, invariablemente: "¡Ay, no!... Sigue tu camino que me asustas, me espantas y me asombras". Hasta que llegaba el Ratón Pérez y cuando ella decía "Eso depende: ¿cómo me enamorarás?", el Ratón Pérez susurraba un suave "bsbsbs" y ella quedaba prendada. Inmediatamente

se casaban, pero la historia no tenía final feliz porque unos días luego de la boda, la Cucarachita dejaba al Ratón Pérez revolviendo un sancocho y el pobre se ahogaba entre la olla.

De repente todo se volvía muy triste. La Cucarachita se sentaba a llorar y un pajarito que pasaba le preguntaba por qué estaba tan triste. Ella contestaba: "Porque el Ratón Pérez se cayó en la olla y la Cucarachita lo siente y lo llora"... Entonces, el pajarito se unía al duelo y decía: "Pues yo, pajarito, me corto el piquito"... Y pasaba la paloma y le preguntaba al pajarito por qué se había cortado el piquito y la letanía recomenzaba: "Porque el Ratón Pérez se cayó en la olla y la Cucarachita lo siente y lo llora y que el pajarito se cortó el piquito". Y la paloma decía: "Pues yo, la paloma, me corto la cola"... Y cuando el palomar llegaba a preguntar, se ponía igual de triste y decía: "Pues yo, palomar, voy me a derribar", y se sumaba al coro y la letanía se iba haciendo cada vez más larga y aparecían nuevos personajes que repetían la misma retahíla:

Porque el Ratón Pérez se cayó en la olla y la Cucarachita lo siente y lo llora y que el pajarito se cortó el piquito, y que la paloma se cortó la cola y que el palomar fuese a derribar y la fuente clara se puso a llorar. Y yo que lo cuento acabo en lamento porque el Ratón Pérez se cayó en la olla y la cucarachita lo siente y lo llora....

Y así sucesivamente, el duelo se iba apoderando de todo y las palabras eran tristes pero, de tanto repetirse, parecían tener poderes curativos... Obviamente, eso lo pienso ahora porque entonces yo no sabía qué circulaba debajo de esas palabras que mi abuela me contaba. Quizás tampoco ella lo sabía: sencillamente, éramos dos personas muy cercanas, cuerpo a cuerpo, cara a cara, hablando sin hablar todas las noches, de los misterios de la vida y de la muerte y del amor.

Creo que, de eso, exactamente, se trata la literatura. Y creo que los lectores de cualquier edad, cuando nos refugiamos en la cadena de palabras de un libro, seguimos buscando esa posibilidad, muchas veces descubierta al lado de esas primeras voces y de esas primeras historias inscritas en nosotros, de nombrar, en un idioma secreto, en un Idioma Otro, aquellos misterios esenciales que nunca logramos entender: la vida y la muerte... Y lo que hay en la mitad.

El lugar de la literatura

Compartir una lengua es compartir, de cierta forma, un código común y, por ello, si escribo la palabra "casa", puedo tener la seguridad de que quienes comparten mi lengua evocarán en su mente el concepto de casa. Sin embargo, ninguna de las imágenes mentales corresponde al significado estándar del diccionario: habrá mansiones, apartamentos o casas de campo; algunas serán grandes y otras pequeñas. Muchos irán

más lejos y seguridad o de calor de hogar, con una añoranza o con sus propios secretos. Y eso sucede porque todos vivimos en casas distintas.

Valgámonos de esa imagen para ilustrar nuestra relación con la lengua: cada ser humano va apropiándose del código a través de sus propias experiencias vitales y suele formar sus significados, más allá de un diccionario, mediante una trama compleja de relaciones y de historias. Así, debajo de las etiquetas, el lenguaje que habitamos oculta zonas privadas y personales, y junto a las zonas iluminadas existen grandes zonas de penumbra.

¿Qué significado tiene todo esto para la enseñanza de la literatura? Pues nada menos que el reconocimiento de esas zonas. Porque no es lo mismo leer un manual de instrucciones para conectar un horno que leer un cuento de hadas. Para conectar un horno se deben seguir unos pasos de manera literal y obediente, pues lo contrario puede ocasionar un cortocircuito. Sin embargo, en el caso de los cuentos, de los poemas y de la literatura toda, son precisamente la libertad del lector y, de cierta forma, su desobediencia al sentido literal de las palabras las que le permiten “comprender” en toda su dimensión. Aunque para los dos tipos de lectura hablemos de comprender, el tipo de comprensión que se establece es muy distinto. Para entender un cuento es necesario conectarlo con sensaciones, emociones, ritmos interiores, evocaciones

como las que hicimos al comienzo, símbolos tal vez arcaicos y zonas recónditas y secretas de nuestra experiencia.

Si bien los dos tipos de lecturas –el manual de instrucciones y el cuento de hadas– comparten muchas palabras, hay algo en ellas que nos hace a nosotros, como lectores, entrar en dinámicas diferentes. Y la escuela debe enseñar a leer de todas las formas posibles y con diversos propósitos. Porque necesitamos seguir instrucciones cada vez más complejas, no solo para conectar hornos, sino para que una nave pueda despegar y explorar lugares remotos. Pero también necesitamos, y cada vez con mayor urgencia, explorar el fondo de nosotros mismos y conectarnos, desde ahí, con esos otros, iguales y diferentes, que comparten nuestras raíces humanas, nuestros sueños y nuestros terrores. Así como algunas veces debemos ser obedientes o literales y otras veces requerimos analizar con exactitud textos científicos y académicos –y no niego que esto también puede y debe enseñarse– también necesitamos herramientas para hacer lecturas libres y transgresoras, para conversar profundamente con nosotros mismos y con esas otras voces, en ese idioma secreto que fluía entre nosotros y nuestros narradores privados mientras compartíamos un cuento.

Por hablar en ese Idioma Otro, y por nombrar esas “habitaciones propias”, la literatura debe ser leída y sentida desde la propia vida. El

que escribe estrena las palabras y las reinventa cada vez, para imprimirles su huella personal. Y el que lee literatura recrea ese proceso de invención para descifrar y descifrar-se en el lenguaje secreto de otro. Es este un proceso complejo que compromete, por decir lo menos, a dos sujetos, con toda su experiencia, con toda su historia, con sus lecturas previas, con su sensibilidad, con su imaginación y con su poder de situarse más allá de sí mismos. Se trata de una experiencia de lectura compleja y, hay que decirlo, difícil, pero se puede enseñar. Así como se enseñan y se aprenden números, vocales o competencias semánticas, es posible “enseñar” la experiencia esencial de la literatura: es decir, su poder para revelarnos sentidos ocultos y secretos; para conmovernos y aterrarnos y zarandearnos y nombrarnos y hacernos reír o temblar, y para hablar de todo aquello que no se dice, de labios para afuera, en las visitas.

Cabe, entonces, y sé que muchos de ustedes lo creen y lo hacen posible todos los días, promover una pedagogía de la literatura que dé cabida a la imaginación de alumnos y maestros y al libre ejercicio de su sensibilidad, para impulsarlos a ser re-creadores de los textos.

Lo que sí puede enseñar la literatura

En medio de la avalancha de mensajes y de estímulos externos, la experiencia literaria brinda a los lectores unas coordenadas para

nombrarse y leerse en esos mundos simbólicos que han construido otros seres humanos: los que están aquí y ahora, pero también los que viven lejos y los que ya se han ido. Y aunque leer literatura no cambie el mundo, sí puede hacerlo más habitable, porque el hecho de vernos en perspectiva y de reconocernos en la experiencia de otros contribuye a abrir nuevas puertas para la sensibilidad y el entendimiento de nosotros y de los otros.

Necesitamos poemas, cuentos y toda la literatura posible en nuestras escuelas porque necesitamos pasar la vida por el tamiz de las palabras; porque necesitamos integrar los hechos, a veces absurdos y a veces aleatorios, y darles una ilación y porque, viéndolo bien, nuestra tarea desde que comenzamos a tener palabras, es construir sentido.

Necesitamos literatura porque la experiencia de los demás nos ayuda a entender cómo lo hicieron otros, para emprender la antigua tarea del “conócete a ti mismo” y “conoce a los demás” y para abrir las puertas al Reino de la Posibilidad, pero no como una “Posibilidad” ingenua o fantasiosa, sino como esa mezcla incierta entre lo dado y lo que está por construir, por inventar.

Estoy hablando de un campo donde el lenguaje se está construyendo; de un campo que nunca es inmutable. Y la literatura nos permite rebobinar la vida, como la rebobinamos en los sueños, para contarnos

algo de nosotros mismos que no resulta fácil ver en horas de vigilia, que tiene que decantarse por otros caminos: en el mundo simbólico.

O como diría Evelio Cabrejo, “la literatura es el pulmón de la psiquis, en tanto que la deja respirar de otra manera”.

El reto fundamental de un maestro es dar de leer y acompañar a sus alumnos a leer, creando, a la vez, un clima de introspección y unas condiciones de diálogo para que, alrededor de cada texto, puedan tejerse las voces, las experiencias y las particularidades de cada niño, de cada niña, de cada joven de carne y hueso, con su nombre y con su historia. Si nuestra vida es una sucesión de gestos que otros han inaugurado y que nosotros repetimos, transformamos y dotamos de sentido, quizás al dar de leer podemos darle a cada niño una caja de herramientas que le ayude en la tarea de inventar su propia vida, entre lo dado y lo posible.

Un maestro de literatura es, por encima de todo, una voz que cuenta, una mano que inventa palacios y arquitecturas imposibles: alguien que abre puertas prohibidas y que traza caminos entre el alma de los libros y el alma de los lectores. Y para hacer su trabajo, no debe olvidar que, más allá de maestro, es también un ser humano, con zonas de luz y sombra; con una vida secreta y una casa de palabras que tiene su propia historia. Su labor, como la literatura misma, es riesgo e

incertidumbre. Su oficio privilegiado es, básicamente, leer. Y sus textos de lectura no son solo los libros sino también sus lectores: quiénes son, cómo se llaman, qué buscan, a qué le temen, qué sueñan... No se trata de un oficio, sino de una actitud de vida. No figura en los currículos ni en los textos escolares ni en el manual de funciones, pero se puede enseñar. Y un maestro puede “enseñar”, vale decir transmitir, el amor por la literatura mediante su actitud vital, que es el texto por excelencia de sus alumnos. Cuando salgan del colegio y olviden fechas y nombres, podrán recordar la esencia de esas conversaciones de vida que se tejían entre líneas, cuando su maestro sacaba un libro y compartía con ellos la emoción de una historia, sin pedirles nada a cambio. Porque en el fondo, los libros son eso: conversaciones de vida. Y sobre la vida sí que es urgente aprender a conversar.

Creo que leemos para conversar, y decir y decirnos, sin entender nunca del todo. Como la Cucarachita cuando se refugiaba en esa letanía, cada vez con más voces y ese “ser en las palabras”, ese fluir con las palabras de otros, era como un hechizo que, de cierta forma, sanaba el dolor, mediante el rito de nombrarlo.

Tal vez el tiempo, que siempre va tan de prisa, borre en sus estudiantes los rostros de ahora y las coordenadas del salón donde ustedes les leen cuentos, sin pedirles nada a cambio, salvo sus caras de expectación,

terror, asombro o deleite... Pero quizás cuando sean grandes lectores se acuerden de algún cuento entrañable que los marcó para siempre y de una voz que decía:

“Érase una vez, hace mucho, pero muchísimo tiempo, en un país muy lejano...”.

Y quizás ya nadie esté ahí para ponerles una condecoración ni para dar fe del milagro. Pero así es como se van haciendo los lectores: cuerpo a cuerpo, en una habitación, en un salón de clase, en una biblioteca... Cuento a cuento. Y uno por uno.

“Pero en el momento de la lectura, al lector le sucede algo muy raro. El libro que lee no es jamás el mismo libro que el autor escribió.

Mientras lee, imagina otros paisajes, otras caras para los personajes, otros olores, otros colores, todo distinto. Cada elemento del libro que se lee se mezcla en sus propios recuerdos y sus miedos personales, sus sueños individuales. Y, todavía más importante, el universo de cada libro leído por cada lector está a cada instante contaminado por todas sus lecturas y experiencias pasadas y pasa a contaminar todas sus lecturas y experiencias futuras. Es único. Absolutamente único.

Esto ocurre por una razón muy sencilla, aunque sea paradoja. Es que el lector lo que hace no es exactamente leer un libro, aunque lo llamemos así por comodidad. La verdad es que ese libro, el lector lo escribe con su lectura. Crea un texto nuevo que no existía antes y que nadie podrá jamás repetir”.

Ana María Machado, “El libro, de la letra a la lectura”, en Hojas de Lectura n.º 31, Bogotá, diciembre de 1994.

Roberto Burgos Cantor

Nació en Cartagena de Indias en 1948, año de incendios. Estudió Derecho y Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad Nacional de Colombia. Sus dos primeros cuentos fueron publicados por la revista Letras Nacionales y en la antología Cuentistas colombianos, de Rivas Moreno.

Entre la voz y las letras

Roberto Burgos Cantor

Ocurría al anochecer: la oscuridad parecía amortiguar los ruidos. El mundo y los chirridos que le hemos ido agregando dejaban de rugir. Motores, explosiones, disparos, ruegos, maldiciones.

Al otro lado del portón del patio un oleaje, a veces manso, en ocasiones de golpeteo de miedo, socavaba el tajamar del malecón. Caricias de agua y fucos. Arrebatos de marea loca arrojaban restos de naufragios. Y llamados que parecían moverse sin destino, desconsolados, se montaban en el aire y causaban escalofríos.

Allí se abría paso la voz de madre. Segura, entonada y con una emoción que descubrirían los años. Por ese entonces éramos dos, mi hermana y yo, sentados alrededor de la mesa de los niños que nunca tuvo un sitio

fijo y se movía por la casa conquistando espacios provisorios. Era, en pequeño, un remedo de la mesa de comer.

Nos reuníamos en el corredor que circundaba el patio: un espacio ancho de baldosas color mostaza con flores negras. Entre el corredor, con sus columnas estriadas, había una especie de canal de muros bajos relleno de tierra negra donde se defendían del salitre los corales, las mafafas del jardín, los heliotropos. El suelo del patio era una capa de cemento que mostraba las huellas del palustre y del fratás nivelando la superficie. Lo cubrieron por los cangrejos: llenaban de hoyos la tierra; por las hormigas que abrían volcancitos; por el mar de leva de marzo que dejaba un lodazal en el que se atascaba la carreta que llevaba el carbón y quedaba enterrado el Renault negro que se resistía en los amaneceres a encender la máquina si no era con la manivela.

Madre se sentaba en una mecedora. La muchacha que ayudaba en las labores de casa se ponía en el muro de las plantas y como se bañaba al final del día emanaba su olor fresco y el del Agua Florida que se echaba sin ahorro. Mi hermana y yo en las sillas, con los codos apoyados en la mesa infantil. A veces, alguno de los dos se iba hasta la mecedora de madre y se recostaba en sus piernas.

Habían apagado la radio con los programas de noticias: los avisos de los turnos de la marinería y de las cuadrillas de cargadores cuando atracaba

o zarpaba un barco. Y el de cantantes aficionados preferido por la muchacha, quien pedía permiso para oírlo y repetía las canciones. Cuando a algún aficionado se le olvidaba la letra de una canción, ella acercaba la cara al radio y como en secreto soplaba la frase perdida.

Madre abría la caja de papeles que ya sabíamos se llamaba libro. Papeles que no se llevaba la brisa de vaho denso del mar. Ella se acomodaba cerca de la luz que venía del interior de la casa para ver los papeles y no perturbar la noche iluminando el corredor y el patio. Por lo menos eso afirmaba: se puede poner triste la noche si la volvemos día.

Entonces leía. Se poblaba la penumbra del patio de palacios que parecían de hielo, pero no, un palacio de diamante, de elefantes, de una princesa gentil, y la voz de la autoridad que no mandaba, apenas reclamaba ausencias y preguntaba por un misterio escondido en el pecho de la princesa; y de un pirata que navegaba los mares y hasta las sirenas respetaban su voz; y de un barco chiquitito que no podía navegar; y de Teresita Alcalá medio chiflada y su cueva de gatos y cucarachas.

Es posible que los días luminosos de esplendor sólido del Caribe fueran el mundo de los cangrejos, las ruidosas Mariamulatas, alguna iguana extraviada, las lagartijas, el estruendo de las actividades y las explosiones de la dinamita que usaban los pescadores, el pasar eterno

de un pericoligero colgado de los cables rendidos de la energía eléctrica. Y como si las noches frescas, de espesa humedad, con las lecturas de madre, antes de mandarnos a la cama, nos abrieran una puerta secreta a un territorio sin fronteras de seres desconocidos que alimentaban el sueño y hacían de la oscuridad un lugar de compañías, de confianzas y riesgos, de protección y desamparo.

Esta cita constante tuvo las interrupciones del siguiente embarazo de madre. Aumentó luego la audiencia con otra hermana. Y llegó al final con las primeras expulsiones de casa que fueron las idas al colegio.

En el desplazamiento sin pausa que es la vida y su arrume de terminaciones, con finales inconclusos o agotamientos plenos, esperan misterios, acomodados, rechazos. Así el colegio imponía rutinas nuevas, alegrías inesperadas que por lo general nacían de sentimientos recién estrenados, la amistad, el compañerismo; y sufrimientos sorpresivos, la aflicción por separarse de alguien, las peleas a puño, perder un objeto.

Uno de los misterios mayores fue el aprendizaje de la lectura y encontrar en las letras lo que la voz de madre invocaba. Decíamos las letras en voz alta o en silencio y acudía lo nombrado. Podíamos adentrarnos en caminos y acompañar a quien se extraviaba. Reíamos con el balde de Simón el Bobito. Y un día el viejo soldado que le dio media pierna al Estado salió del papel y nos prestó su identidad y nos

disfrazó con kepis y charreteras y lo repetimos en el teatrino del colegio con los tambores de la banda y el silbido largo del cornetín. Otra vez mi hermana se disfrazó de gitana y yo de pirata. Aparecían lámparas en los libros, los cómics de Tarzán, El Llanero Solitario, Los halcones negros, El trompo del tiempo.

Por estos días dejamos el patio. El mar devoraba las casas desde dentro, lamía el hierro del cemento y se inflaban las paredes y los techos hasta reventar como pústulas. Parte de la infancia quedó en ese barrio de profesionales de ingresos modestos donde las casas grandes eran las más cercanas al centro viejo encerrado en las murallas y fortificaciones. Estaba la del presidente Núñez. Un hotel regentado por una familiar de Felicita Burgos, la hospedadora del pirata Drake. La ermita. Y el parque, como todo el barrio entre el mar y la laguna, de escaños polvorientos, arbustos crecidos y donde una vez Gustavo Ibarra Merlano, Héctor Rojas Herazo y Gabriel García Márquez vieron a Dios.

Nos distanciamos del mar y en la casa en las faldas de la colina de La Popa no estuvieron más el piano de madre ni los espejos manchados con nubes de sal. Desaparecieron imágenes y acordes que allá quedaron. ¿Para siempre?

Un elemento inesperado se incorporó a esta casa. Llegó un día el carpintero y las tres paredes de un espacio amplio entre la sala y el

salón comedor fueron cubiertas por estantes que tocaban el techo y enmarcaban en una la puerta de alguna alcoba, en otra el pasillo y una ventana pequeña de coquetería ornamental que abría al comedor, y en la pared que daba al exterior, al callejón por el que entraban los productos del mercado, el estante que rodeaba la ventana grande de barrotes.

Nunca supe si los libros que llenaron los estantes los tenía mi padre en su oficina o en el estudio de la Universidad. Mostraban la vida de las lecturas amorosas y la huella del clima inclemente del Caribe que los hinchaba, ponía pecas en las hojas y acentuaba su color marfil.

Entonces: cambió la casa. La muchacha que ayudaba en la limpieza se entretenía y nunca acababa, por ponerse a leer, con esa presencia a la cual debía quitarle las telarañas, renovar las bolitas de naftalina y estar alerta a los túneles ramificados del comején.

Yo adhería al prejuicio de que los libros antiguos no podían explicar al mundo, que una mirada apenas naciente, con ceguera y balbuceos, ansiosa, era insuficiente para dar las claves de la vida que se abría entre la dogmática de la fe y los guiños seductores de quienes testimoniaban con irreverencia el presente y desde esta inconformidad llamaban con silbos enamorados al porvenir incierto.

Y no tuve cómo percibir la contradicción que me planteaba fray Luis de León. Padeció la injusticia y la cárcel, fortaleció la dignidad de lo humano cuando volvió a su cátedra en Salamanca, y declaró su ayer, distinto al ayer de sus perseguidores, y en una colonia liberada de las Indias, siglos después, leía: ¡Qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido, y sigue la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido (...)!

En los estantes de la casa de La Popa encontré a De León y los libros del tiempo que me correspondió vivir. Y a su lado, Neruda y Miguel Hernández. Resurgió la voz de madre que leía yo quiero ser llorando el hortelano, compañero del alma. Y el inesperado hallazgo, César Vallejo: yo nací un día que Dios estuvo enfermo. Grave.

Noches enteras recorría títulos. ¿Podré saber hoy cuál leí primero?

Tal vez Muchachos de la calle, de Pier Paolo Pasolini. O Moderato Cantabile, de Marguerite Duras. O Luis Carlos López y "¡Ay, Camila, me matas!". O Porfirio Barba Jacob y sus días en que somos tan. O El extranjero de Camus. O Joyce. O un cuento de Juan Rulfo. O El hostigante verano de los dioses, de Fanny Buitrago. O Dos o tres inviernos, de Alberto Sierra. O Los funerales de la mama grande, de Gabriel García Márquez. O Morada al sur, de Aurelio Arturo. O El camino

en la sombra, de Osorio Lizarazo. O un cuento de Mejía Vallejo. O El artista del hambre, de Kafka.

Y de repente otra sorpresa: los trabajos jurídicos, de abogado, de mi padre hicieron que a esta casa llegaran en calidad de depósito dos enormes rocolas, traganíqueles que habían embargado por deudas de cantinero. En los acetatos del tamaño de platos para dulces se conservaban las canciones de cabaré de las islas. Cuánto bolero moqueaba por ahí. Los tangos de la vida absurda.

Leer es una aventura personal que admite con dificultad recomendaciones y confronta al lector con su zona menos frecuentada: la intimidad. Sin proponérselo descubre y entiende su libertad, ese territorio de opciones donde ni siquiera hay que discutir. Señor y amo de sí, en el margen angosto de la decisión, se lee aquello que una intuición de brújula secreta indica con su norte arbitrario.

De improviso sentí que la letra, en los poemas y las narraciones, lejos de duplicar el mundo, de copiarlo, lo que hacía era revelarlo y ponía en la sensibilidad aspectos, capas, cuevas, bosques, horizontes, que de otra manera permanecían blindados en su apariencia. Un anuncio extraño envolvía esa pared de la casa cubierta de libros y el camino a la antesala y el comedor y las alcobas interrumpido por las rocolas brillantes, llenas

de luces estridentes como camión de montaña. Biblioteca escoltada por órganos de cantina, promiscuidad temprana del mundo. Voces y letras.

Muchas de las voces que salían del traganíquel decían las canciones que la muchacha del patio cantaba sola después que la voz de madre se recogía en los silencios amorosos. La pude ver una vez. Nos dejaron en la cama y una curiosidad sin explicación me llevó a armar un caramillo de gavetas y almohadas para alcanzar la parte alta de la ventana que daba al patio y dejaban abierta para que la brisa refrescara la habitación. Prendido de los barrotes miré al patio. Parecía flotar en una luz de plata vieja en la cual las cosas del mundo se incrustaban. La muchacha estaba recostada de espaldas al portón y con los brazos como una crucificada complaciente daba la impresión que sostenía las puertas contra los embates del mar de leva. Tenía la cabeza levantada y cantaba. La oí cantar aquello de arrastrar una cadena tan fuerte hasta que su vida se acabara. La oí cantar aquello de tú y las nubes me tienen loca. Y al concluir cada canción, en medio de los rumores de los astros, de la brisa y del oleaje, se colaba un chiflido que le respondía y le daba ánimo para seguir cantando. Mi muchacha.

¿Ese secreto humilde de la vida había que dejarlo en la bolsa de olvidos que llenan los años?

Escarbar la soledad ajena para entender la propia. Mostrar las señales. Aceptar el reto de la oscuridad y los destellos, los deslumbramientos y la iluminación serena de los amaneceres. Rescatar conduce a algunos a escribir.

A lo mejor en otras noches del mundo, madre o padre contarán historias así a otros pequeños que abren los ojos a las incertidumbres de los días y a las compasiones de la noche.

Ocurría.

“Se lee porque sí, por leer. Aunque leamos para esto o para lo otro. Aunque nos vayamos inventando motivos, utilidades, obligaciones, leer es sin por qué. Algún día empezó y luego sigue, como la vida. Vivir es sin por qué. Hacemos esto o lo otro para llenar la vida, para darle un motivo a la vida. Pero sabemos quizá sin saberlo, que la vida no es sino ese sentirse vivos que a veces nos conmueve hasta las lágrimas. Vivir es sentirse viviendo, gozosa y dolorosamente viviendo. Las ocupaciones de la vida, hasta las más necesarias y las más dolorosas, se hacen costumbre. Pero el sentimiento de vivir se da siempre sin buscarlo y como una sorpresa. Y entonces es como si tocáramos la vida de la vida. Lo que podría ser como su centro vivo, su entraña viva, su latido. O quizá su exterior, lo otro de la vida, aquello que no se deja vivir, pero a lo que la vida algunas

veces apunta, o señala, como si fuera imposible. Un instante callado y gozoso. Lleno y vacío a la vez. Plenitud e inocencia.

Se lee para sentirse leer, para sentirse leyendo, para sentirse vivo leyendo. Se lee para tocar, por un instante y como una sorpresa, el centro vivo de la vida, o si fuera imposible. Y para escribirlo. Se escribe por fidelidad a esas palabras de nadie que nos hicieron sentir vivos, gratuita y sorprendentemente vivos”.

Jorge Larrosa, La experiencia de la lectura, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Fernando Urbina Rangel

Pamplona, 1939. Profesor en la Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia desde 1963 hasta 2004. Cuenta con alrededor de cien publicaciones (libros, artículos, exposiciones fotográficas). Especializado en mitología y en arte rupestre, con prevalencia entre culturas amazónicas.

Página web: www.amazoniamitica.com

Mamá, ¿qué dicen las babosas en lo que escriben?

Fernando Urbina Rangel

Esta pregunta la formulé cuando tenía unos seis años al observar el baboso hilillo que iban dejando esos animalitos por donde se arrastraban y que, para mí, no distaba demasiado de los trazos en tinta garrapateados por mis hermanos en sus cuadernos. Mamá se explayó en explicaciones acerca de lo que llamó “la verdadera escritura”; pero el asunto no quedó ahí; tuvo consecuencias inmediatas e impredecibles: al comentarle el episodio a Él (así se hacía alusión a mi padre siguiendo la arraigada costumbre nortesantandereana) se resolvió que ya era hora de empezar mi instrucción en lecto-escritura. Nada de escuela. Yo era el debilucho sobreprotegido y mamá no iba a permitir que su consentido pasara mucho tiempo lejos del ala protectora, en otra casa, así esta se

llamara colegio. Mi padre se constituyó en maestro ad hoc y lo cumplió a cabalidad, añadiendo los primeros rudimentos de matemáticas. Para las aburridas y prolijas tareas que me dejaba, contaba con la alcahuetería de mis dos hermanas mayores, quienes se encargaban de las “cuatro operaciones”, dándome más espacio para mis pasatiempos favoritos con mis primos y los chicos de la cuadra: canicas, trompos, figuras de cordel, aviones y ringletes, los runchos, la coca (¡ojo!: el balero), el aro, las cometas, taba, y banderillas, estoques, capotes y cornamentas –las conseguíamos en el matadero– para el toreo... Juegos que se sucedían durante el año en una liturgia infantil que hacía de la vida una diversión permanente. Pero había otro pasatiempo especial que me signó de por vida y que se constituyó en el identificador lúdico del inmediato vecindario: las peleas de indios contra vaqueros y soldados de caballería. Lo sui géneris del asunto es que los indios triunfaban con mucha frecuencia, contraviniendo el estándar fijado por las películas gringas, en que siempre ganaban los “buenos” y los malos eran los hostiles “salvajes”. La banda de bravos pieles rojas la conformaba con mis primos; yo era el encargado de confeccionar arcos y flechas. A falta de águila calva, la lora real de la casa, Ramona, debía conformarse cada año con perder una colorida pluma de su cola para mi corona de jefe, razón de profesarme especial inquina, actitud que explicitaba

parloteando el apodo que mis sufridas hermanas me habían endilgado: Caimito.

Él aprovechaba la ocasión para introducirme en su mayor pasión: la cultura clásica griega. Me contaba de viva voz y en ocasiones me leía fragmentos de la maravillosa mitología de ese pueblo mediterráneo, alentándome a leer. Y así, poco a poco, el librito de Commelin Nueva mitología griega y romana se convirtió en mi primera cartilla. Pero fueron mi abuela Dolores y mi madre quienes me habían preparado el alma para desplegar la imaginación con los cuentos populares –de preferencia los de espantos y entierros (tesoros)– que relataban en las noches en la abrigada cocina, época en que la débil iluminación eléctrica había de complementarse con la candelita de una vela de cebo; así de precario era el alumbrado en Pamplona, razón de más para que primara la literatura oral sobre la escrita.

Fue una suerte que a mi tierra natal llegara El Peneca, la revista infantil semanal que por la década de los cuarenta alcanzara su máxima distribución desde Chile. La lectura principal, que compartía con mis hermanas, era la esperada novela por entregas. Pero lo que más me gustaba era la historieta gráfica La flecha de oro, que se prolongó en muchísimos números y en que figuraban el corpulento Charles, su ágil hermano Dick y la indiecita Rayo de Luna, causante de mis primeros

pálpitos amorosos. La punta de la flecha que ellos protegían lucía caracteres crípticos; introducida en una ranura permitió sacar el tesoro, durante el último capítulo. Siempre hay un gran tesoro después de cada umbral, por mínimo que este sea.

Tres años después de haberme iniciado en la escritura, logré componer el primer poema. Esto ocurrió en Cúcuta debido a que la familia precisó trasladarse desde Pamplona, porque a Él no le renovaron su contrato de trabajo en el Tribunal Superior por ser gaitanista hasta los tuétanos. Mi entrada en la escuela de las señoritas Miranda duró poco. Fue en el Liceo San Antonio donde me convertí en declamador de oficio, representando al curso y al propio plantel en cuanto evento se presentaba. Y fue, también, donde cobré certeza del poder mágico de la lectura y de la escritura. Así ocurrió esa epifanía.

De regreso de clases, al atravesar el Parque Santander, un corrillo de gente me alertó acerca de algo inusual. Se trataba de un predicador que, Biblia en mano, anunciaba el inminente fin del mundo, fijado de modo "impajaritable" para el lunes siguiente. Era viernes. Llegué muy intranquilo a casa y le comenté a mamá el asunto. Despachó el incidente de modo expedito, con palabras de mediano calibre. Sin embargo, continué en una angustiosa expectativa. Como no pasó nada, concluí, en ese luminoso momento, que no se había cumplido el

Apocalipsis porque yo no había leído el texto, tal como lo había recomendado el fulano, pues en mi casa no había Biblia. Eso era cosa de protestantes. Supe desde entonces, con la plena seguridad que da la infancia –dorada edad del mito–, que tal es la fórmula para combatir una profecía nefasta, pues leer no es otra cosa que liberar unas fuerzas formidables. Y, además, supe del gran poder que teníamos los individuos pues bastaba que uno dejara de leer el texto macabro para que el hecho no se cumpliera. Como es obvio, concluí también que leer las predicciones positivas era invitarlas a que se instalaran en lo real; solo que bien pronto descubrí que era infinitamente mayor el poder del veto; pero mucho he logrado cuando pasé de leer a crear escribiendo.

El traslado a un apartamento en arriendo en el centro de Cúcuta, espacio que fungió de oficina y morada, me permitió el acceso a la vasta biblioteca de mi padre, que no se reducía a los textos jurídicos. Fue la época de mi afición por las novelas, en especial las históricas, hoy tan en boga, pero también por otros tópicos que me iba dosificando; en el fondo no había censura y podía leer todo lo que me diera la gana; además, mi acucioso instructor intercalaba en mi temprana afición por la literatura breves comentarios acerca de la teoría de la evolución, la prehistoria y la historia antigua, asuntos por los que me apasioné de inmediato.

Entrar interno al bachillerato en el Colegio Provincial de Pamplona significó un decidido avance en mi aprendizaje de poemas como declamador y en eso de componer versos. Penetré más de lleno en ello cuando por encargo de mis compañeros fraguaba toda suerte de acrósticos y sonetos con destino a sus reticentes amores. A ellas las rendían y a mí me rendían pingües ganancias: por cada acróstico, onces en la bizcochería de las Sandoval, y bistec a caballo por cada soneto. Solo que, al igual que Cyrano de Bergerac, terminé enamorado –no correspondido– de alguna de ellas. Fueron los días en que Él vendió a mis tíos paternos sus derechos de herencia y compró una extensa porción de selva, en Venezuela, en la confluencia de los ríos Grita y Guaramito. Había dos casas de tablas, unas plataneras y un potrero. Allí discurrieron desde los doce hasta los diecinueve años todas mis tres vacaciones anuales. Y eso significó mi primer gran contacto con las selvas vírgenes ecuatoriales y sus apacibles ríos, experiencias que me signaron para siempre. Buen marco para leer a viva voz con mi madre a Isaacs y Rivera, y apasionarme por la fauna silvestre.

Llegó la época en que entré de lleno en la novela moderna, sobre todo en la rusa. Ya en las clases de Filosofía tuve la fortuna de leer por mi cuenta El banquete y algo de Aristóteles, San Agustín, Descartes, Rousseau y Voltaire, y todo gracias al estímulo de Él, quien me recomendó siempre no atenerme a la pobre lectura de los manuales

introdutorios. El último año de bachillerato estuvo colmado por el teatro griego y romano y por Shakespeare.

Mi ingreso a la Universidad Nacional (Facultad de Filosofía y Letras) significó la posibilidad de integrar de forma crítica tanta dispersión de lecturas, que ha de ser, pienso hoy, lo propio de la secundaria, en orden a vislumbrar muchos caminos. El momento crucial de mi formación y subsiguiente plan de vida intelectual se perfiló desde la primera clase de Filosofía al masticar, paladear y no tragarme el dogma académico que postulaba la irreconciliable oposición entre mito y logos, seguido del otro dogma que preconizaba la independencia de la cultura griega respecto del varias veces milenario marco cultural generado por las civilizaciones orientales. Divorcios que los propios griegos rechazaron, pero que los académicos impusieron como fundamento de la mentalidad colonial de los siglos correspondientes a la gran expansión de Europa. En definitiva, leer la filosofía desde la mitología resulta un ejercicio crítico y estético de imprevistos alcances.

Profundizar en tradiciones como la egipcia, la sumeria, la hitita y la fenicia me permitía visualizar analogías y diferencias con la cultura griega. Eran otras lecturas de mundo distintas a las que conformaban mi bagaje ideológico judeo-greco-cristiano impuesto por los creadores de la Biblia (que tanto deben a mesopotámicos y egipcios) y por los

evangelistas seleccionados por la Patrística, ese monumental esfuerzo por pensar en términos de filosofía griega y romana las enseñanzas de Jesús el Nazareno. Una vez ganada la pelea contra las otras religiones místicas –las del paganismo–, los teólogos cristianos se emplearon a fondo en tratar de desmitologizar la copiosa lista de evangelios, reduciendo a apócrifos los menos convenientes; pero lo que suministraron de rigurosidad a la religión restó mucho a su encanto.

El gran viraje en mi dedicación al estudio vino tan pronto me gradué en febrero de 1963, y de mi nombramiento en el cuerpo docente de la Facultad, a partir de marzo de ese mismo año. Dado que entre 1963 y 1965 no había en Colombia dónde estudiar Antropología (escogí esta dirección debido a mi interés por el mito), me dediqué a asistir a cuanto curso complementario podía. El de Introducción a la Prehistoria de América, orientado por el profesor Lucena, permitió mi primera experiencia etnográfica. El viaje entre los kofanes del río Guamués en 1965 significó mi iniciación en la mirada indígena. Posibilitaba leer el mundo de otra manera, no a través de libros, sino con personajes de carne, hueso y pensamiento. Fue también mi debut como fotógrafo etnográfico. A partir de allí se sucederían muchos viajes entre diversas etnias aborígenes: cubeos, desanos, piratapuyos, tarianos, muinanes, uitotos, tikunas, yukunas, sikuanis, emberas, wayús, nasas, guambianos, awas, pastos y, finalmente, hasta hace dos días, barís, los

indomables arqueros de mi tierra nortesantandereana. Con esos encuentros mi cosmovisión ha ido variando, relativizándose, refundamentándose y haciéndose más incluyente en todos los órdenes: en sus ideas y valores y en sus consecuentes actitudes.

Todo esto fue posible gracias a una infancia y una adolescencia tejidas con mitos y poesía, y vividas –al menos en vacaciones– en un medio natural que se multiplicó de inmensidad cuando penetré en la Gran Amazonia. La vida académica universitaria vendría a introducir rigurosidad en el análisis de las experiencias y a prepararme para renovadas aperturas y lecturas de mundo.

Y así, el 13 de febrero de 1978 –un mes después de muerto Él–, ocurre mi mayor hallazgo, el que me permitió penetrar el sentido de un conjunto de petroglifos (grabados rupestres) ubicados en Guaimaraya, arriba de Araracuara en el río Caquetá. Por tener en mi mente las tradiciones mímicas, musicales, orales, gráficas y coreográficas de muchos pueblos amazónicos, pude leer los grabados e intuir que allí estaba representado el relato de la segmentación de la Gran Anaconda Ancestral, origen de la Humanidad. Una de las muchas variables del gran mito me lo había enseñado el abuelo muinane don José García, a quien considero mi segundo padre por haberme orientado en las tradiciones indígenas. Logré, pues, unir a la lectura de mundo que dan

los mitos, la escritura de mitos que dan algunas ejecuciones del arte rupestre. Y todo ello fue dando lugar a poemas, artículos, canciones, cursos, libros, exposiciones fotográficas, filmes y series de radio y televisión; con ello cumpla el compromiso con mi padre, y con el trabajo que me impuso el abuelo José, fallecido en 1991: divulgar el corpus de relatos que me confió. Alguien definió bellamente al mito como “palabra de verdad porque es palabra en confianza”.

El arte rupestre, cuyo albor se da en África hace setenta milenios, compuesto principalmente por pictografías y petroglifos, constituye una de las máximas ejecuciones del ser humano; algo que contribuyó a estructurar su espíritu cuando hombres y mujeres lograron por primera vez el prodigio de representar más lo que pensaban que lo que veían, unido a la intención de perdurar, haciendo posible que otras gentes en tiempos futuros pudiesen leer pensamientos valiéndose de imágenes. De allí y de otros intentos no perdurables, como los trazos en la arena y las pinturas corporales, saldrían, andando los milenios, todas las escrituras y las artes gráficas del mundo. Bien me había dicho Él, cuando le mostré en 1976 las fotografías de los grandes murales pictóricos que descubrimos con el geógrafo Camilo Domínguez y la periodista Astrid Escobar –durante el recorrido del río Inírida, desde su nacimiento hasta su desembocadura–, que de todas las cosas que había realizado hasta entonces en mi vida académica, lo más promisorio era eso, el arte

rupestre, invaluable patrimonio cultural, que tan pocos conocían en Colombia y que contaba por esos años con escasos investigadores.

Es con el arte rupestre prehistórico por donde empiezan las historiografías serias de las artes espaciales (gráficas), así como las canciones y los mitos constituyen la matriz de todas las literaturas, salvo, por supuesto, la colombiana, cuyos malos manuales y antologías suelen hacerla comenzar con la invasión europea, sin asumir el milenario y espléndido pasado aborígen.

Reconocernos como una nación multiétnica y pluricultural impone asumir el reto de vernos de manera compleja, sin tratar de reducirnos arbitrariamente a una única visión de mundo, a una única lectura, a una única escritura, a una única estética. Y ya los colombianos estamos aprendiendo a leer en otros códigos y a escribir en otras grafías a fuerza de asomarnos amorosa e inteligentemente a esos otros mundos que nos deparó la historia.

Y son las propias etnias sobrevivientes del mayor cataclismo demográfico que atestigua la 'historia universal de la infamia' las que persistiendo asumen y vocean más y más a todos los vientos su condición de raíz más profunda de la nación. Y ya entre esas maravillosas gentes emergen algunos grandes creadores quienes, nutriéndose de la gleba ancestral, producen obras literarias en sus

propias lenguas vernáculas y otras obras artísticas y científicas. Son sus aldeas con sus propias lecturas y escrituras haciéndose visibles a nivel mundial. Sus prodigiosos saberes sobre flora, fauna y manejo armónico de entornos naturales son prueba viviente de los conocimientos heredados de sus ancestros, de los cuales tenemos tanto que aprender como civilización obsesionada con el progreso.

Y, para concluir, un obligado retorno a la infancia, por donde comienza todo lo serio de nuestras vidas. En el pedregal de Peñas Negras, arriba de Guaimaraya, en el río Caquetá, hablamos en 1985 con el abuelo López –uitoto– de las obras de arte rupestre presentes en el basamento pétreo del río que alcanza a quedar al descubierto en la época de secas. Allí se encuentran pocetas naturales interconectadas mediante canalitos artificiales; algunas de las formas de esas cavidades y los trazos de los canales permiten representar animales. Es el inmenso Lavapatas amazónico, precursor del sanagustiniano. Entonces, trajimos a cuento las enseñanzas del más sabio de los uitotos conocidos en la región: el abuelo Enókayĩ del Clan-mafafa-roja.

“En el barro orillero del Río–del–Origen, Jitoma (Sol), con sus dedos de luz delineó la figura [arquetípica] de los animales y seres que poblarían el mundo, y dejó múltiples mensajes en trazos misteriosos [abstractos]. De tarde, desde la cresta de las serranías el Padre–Sol contemplaba su

obra y la cocía con su fuego, volviendo piedra el barro". Todo ello constituye los kuegaiai (escritos) atribuidos a Jitoma. Contaba, además, que hubo Sabedores que podían descifrar esos glifos; los últimos murieron en la época del "Gran Terror", genocidio y etnocidio que llevaron a las selvas amazónicas las depredadoras empresas extractivistas caucheras a nombre del progreso.

Mientras comíamos caimos, me dio por observar el fondo barroso de las cavidades donde se empozaba el agua. Minúsculos animales iban dejando su rastro en el cieno del fondo. Le pregunté: "Abuelo López, ¿qué dirán esos animalitos en lo que escriben?". Y entonces me contó que alguna vez hubo un brujo que, sospechando que esos signos debían contener la clave de un gran poder del inframundo acuático, decidió buscar el remedio y la fórmula chamánica para convertirse en uno de esos animalillos escritores. Según parece, lo logró; pero cuando estaba tratando de transmitir, dosificado, su magno descubrimiento, se encontró sin palabras. Había enmudecido. Entonces, resolvió verter el contenido de su hallazgo en mímica, el lenguaje más universal en que el cuerpo y sus gestualidades se hacen símbolos elocuentes. Por desgracia, abortó en su tarea, cuando ya estaba dándole los toques finales a su código, un muyai (boi, en la jerga putumayense; tomado del inglés boy: muchacho), sicario indígena, huérfano entrenado por los caucheros ingleses y peruanos, lo asesinó por orden de sus patrones.

El abuelo López me dijo que de seguir año tras año estudiando los petroglifos, como lo venía haciendo, justificaría que me dieran el nombre de “Kuega Jitoma” y que, de pronto, “La Senda de los Trazos del Sol” podría conducirme a dar con esa llave.

He persistido en el estudio del arte rupestre y reunido relatos de muy diversas culturas sobre los trazos misteriosos de babosas, caracoles, termitas, luciérnagas y otras especies escritoras; pero a pesar de mi empeño, no lo he logrado.

De repente, tú, amable lector, des con la clave. Entonces, habrás de ingeniarte la forma de contarlo.

“Hay otras formas de escritura también, como son las canciones, la televisión, las películas, en fin, la escritura tiene otras expresiones en la vida cotidiana, que deben tener un espacio en la escuela. Además debe abrirse a otros formatos. Colombia tiene que abrirse al resto, porque si no seguiremos siendo un país consumidor de repertorio, en vez de un proveedor de repertorio y de contenidos”.

Fernando Zapata, director del Cerlalc Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe

Hugo Jamioy Juagibioy

Oralitor. Pertenece al pueblo indígena Camuent"sa Cabeng Camentsa Biya (Hombres de aquí con pensamiento y lengua propia) ubicado en Bengbe Uaman Tabanoc (Nuestro Sagrado Lugar de Origen), Valle de Sibundoy, Putumayo.

Entre la antigua y la nueva palabra, nuestros mundos

Hugo Jamioy Juagibioy

Cada cultura

mira el sol a su manera

le inventa un nombre, una música,

una danza,

a su manera.

En una asamblea del pueblo Cament"sa en la que participaron taitas, abuelas y abuelos sabedores, profesionales indígenas y comunidad en general a la que pertenezco, se presentó la reflexión en torno a quién es analfabeto. Como si estuviéramos preparados para una única respuesta, todos respondimos que es aquel que no sabe leer y escribir, y acorde a la actualidad global que nos lleva por un solo camino, agregamos que

quien no sabe hablar inglés y no maneja un computador e internet también es analfabeto.

Después de un largo silencio en el que todo parecía claro y concluido, se escuchó una voz firme en el idioma antiguo de nuestro pueblo, que si mal no recuerdo simplemente decía: ...

y los que no saben leer la naturaleza, los que no saben leer el mensaje del viento, los que no saben leer la luna para la siembra y la cosecha, los que no saben leer las nubes, los que no saben leer el canto de los pájaros que anuncian visita, que anuncian la vida y la muerte, los que no saben leer el agua, los que no saben lo que yo sé, lo que mi abuelo me enseñó, ¿entonces ellos qué son?

Solo faltó eso, la fuerza del espíritu de la palabra para revivir el saber guardado en la humilde mirada de nuestras abuelas y abuelos y desenredar su lengua; durante el resto del tiempo que duró la reunión, brotaron como flores las palabras multicolores que hablan de los tejidos, que hablan de los rostros en las tallas de madera, que hablan de nuestro territorio y los nombres de sus caminos, sus aguas y los sitios sagrados, que hablan del arcoíris y las lluvias; fue mágico ese momento y aún hoy siento que ando embriagado por el fermento de esas voces.

En nuestra niñez, recuerdo, veíamos en los tejidos figuras geométricas, siempre acompañadas de la palabra de nuestros abuelos; fuimos

preparados para entender el mundo a través de los símbolos que hablan de la vida.

Nos decían mientras aprendíamos el bello arte del tejido:

... este símbolo es sagrado, representa a shinÿe, el dador de la luz en el tiempo, debes llevarlo siempre contigo, será luz en tu camino...

... este símbolo se llama juashkón, es de aquello que nos da la vuelta, es la madre de la fertilidad de la luna...

... este dibujo se llama mëtët"sen, es el símbolo de la fuerza espiritual, es el guía en la fiesta del reencuentro y el perdón, él es un misterio, por eso solo en el bëtsknaté nos visita...

Así transcurrió nuestra infancia, envueltos por las mantas que tejió la abuelita Carmela, amarrados con los cinturones tejidos por la mamita Pastora, cubiertos con las palabras de los abuelos y abuelas que hablan con los símbolos de la vida.

Allí, pienso, aprendí sobre las formas propias de nuestra escritura camënt"sá, aprendí a leer la naturaleza a través de los símbolos, aprendí que allí está guardado nuestro t"sabe juabna, buen pensamiento/pensamiento maduro/pensamiento mayor.

Desde la antigua palabra, nuestros Taitas están diciendo:

Tšabe juabn endétsa-ián tšabe soiám jo kochajuán y tšabe soiêñ jenangmian. Chiek tšabe juabn tse bojanŷán endetsa-ián bêng-be luar tkojêbtsa-chnêng-êntskuán, tšabá jêbtse benachán, tšabájêbtsó-tjêmbambaiám.

Tˊsabe juabn es la fuerza del espíritu que crece/vive en el corazón y se demuestra en el comportamiento, por eso cuidar el tˊsabe juabn significa que mientras pasamos por el mundo debemos cuidar el tejido entre pensamiento, sentimiento y comportamiento. (Taita Miguel Chindoy).

También nos están diciendo:

... kêm luar ëndetsëmn jabuatmanám...

... este mundo está hecho para conocerlo...

Nuestros padres repiten siempre:

... los caminos están hechos, solo hay que recorrerlos...

Con el paso del tiempo he aprendido que:

... no todos los lugares son tuyos / pero cada uno de ellos guarda algo para ti...

Estas formas propias de leer y escribir a través de nuestros símbolos me han permitido entender el mundo inventado por mis antepasados. Ahora

sigo caminando y siento que no ando solo, me acompañan los símbolos de la vida.

Tsebatsana Mama es la palabra inventada por nuestros abuelos para referirse a la Madre Responsable / Madre Tierra; en ella habitan un sinnúmero de pueblos indígenas y en su lengua materna han inventado una palabra para designarla desde su propia cosmovisión. Son otros mundos escondidos en los recónditos lugares de nuestra bella Colombia y en ellos existen otras formas de leer y escribir.

En la inmensa Sierra Nevada de Santa Marta viven nuestros hermanos mayores, los Iku o Wíntukwa, apodados arhuacos; entre ellos he aprendido sobre sus propias formas de escribir el pensamiento. Las mujeres, por ejemplo, elaboran el tutu, que traduce “pensamiento de mujer”; el tutu es lo que en español llaman “mochila arhuaca”; en ella la mujer Iku escribe su pensamiento, su sentimiento diario. Según la Ley de Origen, las mujeres desde muy niñas aprenden la técnica del tejido y la simbología de los dibujos que elaboran en el tutu. Es la manera de leer y escribir sobre su vida.

En las tardes cuando cae el sol, mientras hila la lana de oveja y en sus manos sostiene unos tutus con dibujos tradicionales, la abuela María nos está diciendo:

... este dibujo se llama Garwa y representa al guía espiritual de los caminos;

... este se llama kun zachi y representa las hojas de plantas sagradas, es un símbolo dedicado a la naturaleza;

... este se llama mákuru y representa el vuelo de las aves, es un símbolo de equilibrio...

Al recorrer los caminos que ya están hechos, he tenido la inmensa fortuna de sentarme junto a ellas, las mujeres tejedoras de pensamiento, y aprender a leer algunos símbolos, que también en su cosmovisión hablan de la vida. Al igual que las wati (tía o mujer Iku), el teti (hombre Iku) escribe su pensamiento con el polvo de las conchas del mar y aju (hoja de la planta sagrada de coca) en el yoburo (poporo); me han llevado por caminos donde las piedras guardan símbolos que cuentan acerca del origen del hombre, de la misión que cada cultura tiene en su paso por la Gran Madre Tierra. Al leer el territorio, me dicen que en la Sierra Nevada de Santa Marta existe la Línea Negra, una línea espiritual que se conecta a través de sitios sagrados, cada sitio sagrado tiene un nombre en lengua Iku y tiene una función/misión; el sitio sagrado de danta, el sitio sagrado de guara, el sitio sagrado de culebra, de pava, de personas, del sol, de la lluvia, de todo lo sagrado. En cada uno de ellos hay que hacer pagamento, es decir, el tributo o la ofrenda

para que el padre guardián mantenga con vida los seres que habitan espiritualmente el sitio sagrado y nunca nos falten esos seres vitales.

Estas formas de leer y escribir el pensamiento propio me han hecho pensar que debo fortalecer cada día mi propia forma de escritura; además, pienso que debo investigar sobre mi propia cultura, acudir a nuestras biblias hablantes, abuelas, abuelos, taitas, mamos, jaibanás, payés, sinchis, y escuchar sobre lo que nosotros somos, ellos guardan silenciosos la clave para leer nuestros mundos.

Entre los emberá, la pintura corporal es una forma de escritura de su propio pensamiento, en el cual se evidencia la palabra antigua en permanente diálogo entre hombre y naturaleza. Las mujeres usan dibujos que hablan de su estado natural, a través de los cuales, al interior de su cultura, identifican si es soltera o si es casada; las madres elaboran dibujos en el cuerpo del niño para defenderlos de los malos espíritus que rondan el territorio; para las fiestas o ceremonias tradicionales del pueblo emberá los miembros de la comunidad pintan sus cuerpos con tintura de jagua y achote teniendo en cuenta los mitos que ellos han heredado a través de la palabra antigua.

Aún sigo aprendiendo a medida que recorro caminos, y cada destino me deslumbra con sus formas particulares de leer y escribir a través de los símbolos plasmados en las manillas, en las mantas, en las hamacas, en

los canastos, en las mochilas, en las tallas en madera, en el cuerpo, en el territorio, en la palabra hablada y dibujada.

En la memoria guardo esa asamblea como algo mágico y la recuerdo en cada paso que ando, teniendo siempre presente que cada pueblo indígena es otro mundo, que la bella Colombia está habitada por muchos mundos, 86 mundos que necesitan seguir viviendo, mundos que están en nuestras manos, en nuestras palabras, en la nueva palabra alimentada de la palabra antigua; pienso en 86 formas diferentes de leer y escribir.

Pienso en los elementos comunes de los pueblos indígenas que determinan nuestra vida, sin ellos no podríamos identificarnos en nuestra esencia, entre ellos, los más importantes son el territorio y la lengua. La práctica permanente de la tradición oral de manera espontánea en espacios en los cuales la palabra antigua se hace presente, es la expresión más valiosa de ese elemento que determina la vida del mundo indígena. El territorio se entiende a través de la lengua y el espíritu de la lengua tiene vida a través de las cosas que existen en él.

Los taitas están diciendo: cad té botaman jenojuaboyán / cada día bonito hay que pensar / cada día hay que refrescar el pensamiento. El refrescamiento de la memoria es una tarea permanente, como

permanente es el diálogo entre generaciones, ancianos, adultos, jóvenes y niños; todos, sentados junto al fogón, cultivando en la tierra, caminando los sitios sagrados, tejiendo la lana, tallando la madera, moldeando el barro, viviendo tomados de la mano de los abuelos, de la antigua palabra. Sin ella seríamos huérfanos, buscando refugio en los lugares que desconocemos.

Una lengua muerta es un pensamiento muerto, es un espacio de oscuridad, es dejar el alma muda. Cada lengua es una forma diferente de pensar, de amar, es la que te avisa del peligro y de la paz, la que te apacigua, la que te levanta, la que te asusta, la que te duerme, la que te quema, la que te acusa, la que te sentencia, la que te describe, la que te dice, la que te perfora y la que te mata. Esa riqueza no la podemos perder, debemos mantenerla e impulsarla. No podemos seguir atando las lenguas indígenas en las cuevas, ni podemos seguir mordiéndonos la lengua y callar. Tienen que brotar como brotan las flores*.

* Texto de Gabriel Simón Romero, revista Nuni. Año V, número 15, nueva época, p. 33. México, noviembre del 2002.

SIETE ENTREVISTAS

con expertos en pedagogía, bibliotecas escolares, el libro, la lectura y la escritura

Beatriz Helena Robledo

(Manizales, 1958). Escritora e investigadora, con Maestría en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Javeriana de Bogotá. Treinta años de experiencia en procesos de formación lectora. Ha publicado varios libros de ficción y de investigación. Fue subdirectora de Lectura y Escritura del Cerlalc y subdirectora de la Biblioteca Nacional de Colombia. Actualmente dirige el Consultorio Lector, programa de atención personalizada en el campo de lectura y escritura.

“Un maestro lector se vuelve muy creativo.

Y un maestro creativo se las ingenia ante todos los obstáculos que pueda tener”

Entrevista a Beatriz Helena Robledo

¿Existe una tensión entre promoción de lectura y pedagogía?

Existe una tensión entre promoción de lectura y pedagogía, pero podría no existir. Hay que hacer cosas para que esa tensión no exista. ¿Qué pasa? Que el maestro en su vida diaria tiene que rendir cuenta de las evaluaciones, de los logros e indicadores, mientras que la promoción de lectura llega con otros aires; de leer para la vida, de compartir un

espacio, entonces esas dos cosas aparecen como antagónicas, pero no lo son.

Primero hay que analizar cuál es la enseñanza que se está haciendo de la lectura y la escritura. Y entonces habría que hacer un trabajo de actualización de los maestros, porque sí hay ya muchos proyectos que nos están mostrando y hay una reflexión grande sobre eso de cómo rimar esas tensiones. Por un lado, la exigencia de garantizar una transmisión de contenidos, unas habilidades de lectura y escritura graduales, frente a lo que son los usos sociales y culturales de la lectura y la escritura. ¿Cómo formar lectores sin generar ese tipo de esquizofrenia? Casi que la lectura “sabrosa” es en recreo y la “maluca” es en el aula. Eso no debe entenderse de esa manera.

¿Qué papel desempeñan aquí los maestros?

Yo entiendo a los maestros, a veces se les piden cambios pero no se les dice cómo hacerlos. Tienen que garantizar muchas cosas y tienen muchas presiones. Pero, además, nuestros maestros no se reconocen como lectores. Y ahí hay un reto: ¿qué hacemos para que se vuelvan lectores? Yo parto del principio de que sí son lectores, pero no se reconocen como tales.

Nadie apela a ellos como lectores desde la política pública. Sí creo que se deberían hacer pilotos con eso. El impacto que eso puede tener en la

formación lectora de los niños es muy grande. Un maestro lector se vuelve muy creativo. Y un maestro creativo se las ingenia ante todos los obstáculos que pueda tener.

Bolsas viajeras para los maestros, círculos de lectura entre maestros, clubes de lectura. Eso por un lado; por otro lado, que el maestro se actualice en cuanto a la pedagogía de la lectura. Porque venimos con un peso de una concepción de la lectura muy mecánica con una gran necesidad de controlar y evaluar.

¿Hay distintos tipos de lectura?

Sí, el propósito de la lectura cambia. Y hay que desarrollar procesos distintos frente a cada lectura. Eso se enseña. El problema es que la lectura es instrumentalizada antes de aprender a buscar en ella lo que estamos buscando. Lo que antes se llamaba el “método de estudio” aprender a sacar mapas conceptuales, a hacer un análisis, un resumen, pero sin entrar en reduccionismos.

Es como la diferencia entre enseñarle al estudiante a señalar cuál es un texto descriptivo y cuál uno narrativo o argumentativo, a decirle vamos a narrar, a describir o a argumentar, dentro de un sentido.

¿Qué hay que hacer?

La biblioteca escolar es esencial. Porque la biblioteca escolar es el corazón de la escuela para la formación de lectores. Tiene por objeto el apoyo al desarrollo del currículo y tiene que apoyar también la formación de lectores. Por un lado, apoya al maestro con otras fuentes de información y, por otro, es el espacio para una lectura más libre, más personal y más placentera.

La biblioteca escolar casi que podría ver crecer a ese lector. Y, por otro lado, creo que una buena guía sí puede ser una herramienta clave para el maestro.

¿La lectura y la escritura deben estar presentes en todas las áreas de estudio?

Siendo realistas, sí puedes introducir dentro del aula proyectos en los que la lectura y la escritura estén presentes. Te pongo un ejemplo: el diario, la bitácora científica, la exposición de pintura con el catálogo escrito o los paneles explicativos, en fin, incorporar los usos reales de la lectura y la escritura en todo. Así van aprendiendo los usos que tienen la lectura y la escritura en lo social y lo real.

¿Cómo puedo usar la lectura y la escritura en esto que estoy haciendo?

Esa es un poco la pregunta que se debe formular el maestro. Por ejemplo, yo estoy estudiando matemáticas, y vamos a ver el teorema de Pitágoras. Entonces leamos quién era Pitágoras, qué fue lo que descubrió, etcétera.

¿Cómo vincular el contenido de lo que uno está enseñando con otras lecturas?

Finalmente las materias no son cosas aisladas. Hay unos usos reales. Yo pienso en Ciencias. Todo lo que uno puede leer y escribir si uno está viendo Ciencias Naturales. Es que hasta un poema de Walt Whitman sobre las hojas. Es ver que esto no viene solo, se relaciona con muchas otras cosas, hace parte de un todo, y así el estudiante le va dando un sentido más allá del contenido, con un contexto, con otras herramientas.

Mauricio Pérez Abril

Lector. Docente e investigador de la Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Javeriana. Formador de docentes. Director del grupo de investigación Pedagogías de la Lectura y la Escritura. Miembro fundador de la Red Colombiana para la Transformación Docente en Lenguaje.

“Hay que pensar en la lectura como práctica y como experiencia estética”

Entrevista A Mauricio Pérez Abril

¿Qué les recomienda a los maestros?

Hay que pensar en el ingreso a prácticas lectoras en las que los niños tengan acceso a experiencias estéticas desde el lenguaje, no ligadas necesariamente a procesos de evaluación, ni a enseñar valores, ni otro tipo de conocimientos escolares. Garantizar que los niños vivan experiencias gratas de lectura, sin que el acto de leer se tome como pretexto para otra cosa. Dotar a la escuela de esto es tan importante como dotarla de libros. Recordemos que al ingresar a la escuela los niños ingresan al tejido social, a la vida colectiva. Ese ingreso al nuevo mundo institucional ocurre en el terreno del lenguaje.

¿Qué recomiendo? Mucha lectura de literatura en voz alta en los inicios de la escolaridad, pues a través de las voces de otros, que recorren las páginas, el niño se irá enterando de la existencia de otros mundos, otras alegrías, otras expectativas, otros modos de ser, otras angustias. Es decir, ingresará al mundo de lo plural. Especialmente a través de la voz de su maestra —en los primeros grados generalmente hay maestras, no maestros— tendrá acceso a mundos lejanos. Ese ingreso a lo plural es precisamente uno de los sentidos de la existencia de la literatura en las aulas, esa posibilidad de establecer puentes entre los niños, los mundos anclados en libros y los símbolos. Es como abrir ventanas nuevas a otros mundos cada día. Mundos abiertos. Mentes abiertas.

¿Se enseñan los conceptos, pero no las prácticas?

La lectura es algo constitutivo de lo humano. Hay que “desmitologizarla”, lo mismo a la escritura. Por tratar de darle un lugar muy importante a la escritura, pierde su sentido. Hay que entender la lectura como una práctica. Como una práctica social y cultural. Leer y escribir no son fines en sí. No se trata de leer únicamente para adquirir conocimientos útiles para el mundo práctico o para el mundo académico. Eso es importante, claro. Pero no se trata de leer solo para que nos vaya bien en los exámenes. Aunque si se lee genuinamente, es muy probable que nos vaya bien en los exámenes. Interesa más bien que al leer el

sujeto se quede con un sabor, con el aroma resultante de haber vivido una experiencia estética, como quien llega de un viaje inolvidable... Esas son las huellas que forman al lector. Pero para que eso ocurra se requiere tener preguntas, tener "ganas de". Y las ganas no son tan naturales... Como dice Philippe Meirieu, a los docentes nos corresponde hacer que a los estudiantes "les den ganas", ...ganas de saber, de conocer, de acercarse a ciertos mundos, pues el deseo de saber así como el deseo de leer no son parte de nuestra dotación genética. No nacemos con esas ganas como una especie de órgano que nos es dado y que madurará sin más.

¿Por qué dices que a escribir se aprende hablando?

Hace un tiempo les pregunté a unos estudiantes cómo había sido su experiencia de lenguaje oral en la primaria, en el bachillerato, que cada uno me contara. Entonces una profesora de acá, hace unos seis años, dijo: "Realmente a mí no me enseñaron a hablar, a mí me enseñaron fue a callar", esa fue la frase lapidaria.

En Colombia existe una dominación de lo escrito sobre lo oral. El examen suele ser de comprensión lectora, de producción escrita. A los niños no les gusta mucho leer, en parte porque en la escuela se lee para ser evaluado. Y al profesor le toca adecuarse a esa lógica, pues los resultados en los exámenes están ligados a su obligación laboral. A

través de ellos rinde cuentas. Eso no significa que no pueda hacer otras cosas, pero le queda difícil. No hay tiempo. Entonces el lenguaje oral, frente a esa política evaluativa que está situada en la cultura escrita, ha estado excluido, y ha estado excluido de la pedagogía del lenguaje. Los papás piensan que los niños van a la escuela a leer y escribir, no a aprender a hablar. Hay que encontrar espacios para la oralidad dentro del aula.

La escritura es un registro, uno de los registros, no el único. Hay una hegemonía de la escritura en la escuela que afecta muchas cosas en la formación del lector y del escritor. No hay una formación en torno a la argumentación oral, a la importancia de documentarse para hablar, para escribir, para defender un punto de vista, para opinar. Mucho menos una formación estética en el uso del lenguaje oral.

Además, en la oralidad es también posible el reconocimiento del otro. El primer día de un niño en la escuela es el primer ingreso a la vida social institucional. Y eso ocurre en el terreno del lenguaje oral. Es ahí donde se siente excluido o no excluido, donde tiene voz o no la tiene. Ese ingreso a la lengua constituye un primer lugar de identificación, y si se llega a estar callado, se acalla también su identidad. Y al escribir, si no se ha elaborado, conversado, aquello que queremos decir, ese acto no progresa. Además, al escribir hablamos sobre cómo nos está yendo en

ese proceso. Hablamos con nosotros mismos, o con otros, pero ese acto de escribir está vinculado siempre a la conversación.

¿Cómo manejar la tensión entre la lectura como goce y la evaluación sobre la práctica lectora?

¿Cómo trabajo yo con mis profesores? Parta en dos sus horas de clases, la mitad son para leer “para nada” y la otra mitad sí son lecturas para el conocimiento, para los controles, para las evaluaciones, lecturas funcionales, etcétera. Pero la mitad debe ser para “la lectura como experiencia”, vivir la lectura sin propósitos que van por fuera de ella. Leer en voz alta, por ejemplo, es algo que ya casi no se hace. Pero leer es un reto complejo, supone trabajo, es un disfrute que se aprende, que exige esfuerzo... Borges algún día dijo que en su juventud no le gustó El Quijote porque le tocó leerlo en la escuela. Yo sí creo que el profesor es ante todo un reseñador de libros, es una persona que les va contando a otros lo que va leyendo, lo que ha leído, no se trata de “lea lo que quiera”, es “esta literatura cumple con ciertos parámetros estéticos y podría estar cerca de los intereses de mis estudiantes”. Saber orientar al lector hacia los textos cercanos a sus mundos, a sus expectativas, comprender y disfrutar en cada etapa de su desarrollo es parte de la clave en la formación del lector. Y una vez enganchados, la lectura fluye, es disfrute y trabajo...

¿Cuál es su opinión frente a la promoción de la lectura?

Cierta promoción de la lectura a veces puede ser contraproducente. La idea de que hay que hacer siempre actividades antes, durante y después de la lectura, por ejemplo, como dicen los manuales. La idea de intervenir ese acto mágico de estar viajando por un relato, perdidos en la voz de quien nos lee en voz alta, ¿por qué hay que interrumpirlo? ¿Por qué siempre hay que hacer algo? Hicimos un experimento: cuatro promotoras leyeron en voz alta cuatro libros distintos a un grupo de niños de grado transición, registramos eso y entrevistamos a los niños. ¿Cuál les pareció la mejor experiencia de lectura? Un niño dijo: "A mí me gustó más la que no preguntó nada". ¿Por qué hay que interrumpir al niño con preguntas? "En medio de una historia de terror es muy aburrido", dijo el niño. Por eso Michèle Petit habla de la lectura como espacio íntimo. Esa lectura subjetiva, gratuita, íntima, no vinculada al examen, tiene poco espacio en la escuela.

Claro, y hay otras lecturas que son para comentar.

Una tertulia cuando estamos todos leyendo la misma novela en la clase funciona, por eso es importante la diversidad de prácticas, de géneros, de temas. Porque la literatura es lo plural. Al presentarle al niño distintas alternativas, con una de esas se enganchará. Las otras pueden no ser de su interés, pero con que se enganche con

una está bien. Por eso, que los profesores sepan qué hacer con los libros es tal vez más importante que tener libros. Así, garantizar que los niños tengan acceso a los libros es condición necesaria, mas no suficiente en la formación del lector.

Necesitamos, definitivamente, pensar la lectura como práctica y como experiencia estética. Lo que queda después de leer, lo que se siente al leer, lo que nos pasa al leer, son vivencias que tienen que ver con un sentido un tanto descuidado en tiempos de pragmatismo y búsqueda de la eficacia a toda costa: se trata del sentido estético, esa posibilidad de, al leer, sentir la cadencia de las palabras escritas o escuchadas, palabras dichas, la posibilidad de saborear el trabajo que se ha realizado sobre el lenguaje al elegir, juntar, poner las palabras una al lado de otra, ese sentir respirar las palabras al leer. De eso se trata. Y quien aprende a disfrutar ese legado del lenguaje, aprende de paso a reconocer la belleza de la gramática de su lengua, aunque suene extraño. Por eso, un lector ama su lengua, ama estar en esos momentos mágicos en que dos palabras se encuentran por primera vez.

Carmen Barvo

Colombiana. Ha sido propietaria y gerente de librerías y directora editorial de literatura en editorial Norma. Directora del Cerlalc (Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe) entre 1995 y 1999. Consultora internacional en temas del libro, la lectura, el derecho de autor, piratería y sociedades de gestión de derechos reprográficos, en América Latina. Autora del Manual de edición, guía para autores, editores, correctores de estilo y diagramadores (Bogotá, 1997). Desde abril de 2001 es directora de Fundalectura, Sección Nacional IBBY.

“Es la primera vez que en Colombia se trabaja

en un Plan de Lectura específicamente para la biblioteca escolar”

Entrevista A Carmen Barvo

Cuéntenos cómo ha sido el proceso de Fundalectura

como aliada del Plan de Lectura y Escritura del Ministerio de Educación.

En la década pasada se trabajó intensamente en un Plan Nacional de Lectura y Bibliotecas desde la Biblioteca Pública. En cuanto a las bibliotecas escolares, esta es la primera vez en el país que se trabaja

desde el Estado pensando en una colección a nivel nacional para que las instituciones educativas tengan libros. Creo que esto es muy valioso. Y creo que es muy valiosa la selección de la Colección Semilla, este esfuerzo por hacer una selección partiendo de un universo tan enorme como es el sector editorial. Creo que ahí el trabajo que hicimos conjuntamente entre el Ministerio de Educación y Fundalectura fue exhaustivo y valioso. Fue básica la participación de los maestros por las áreas curriculares y, por supuesto, partimos de unas bases bibliográficas, de libros recomendados por Fundalectura y de libros en oferta tanto a nivel nacional como internacional.

¿Cómo se selecciona el material?

Para nosotros desde Fundalectura es esencial que la promoción de lectura se haga con buenos libros. Nosotros partimos de esa base: libros de calidad. En el caso de la Colección Semilla hay una exigencia y son los requisitos curriculares que el Ministerio necesita cumplir. Esa es la función de la selección. En el caso de la literatura, que puede ser extracurricular, toda selección es arbitraria. Y donde hay un universo tan disperso y tan grande de oferta, cuando se tienen que elegir 265 títulos, hay muchos libros que quedan por fuera. Esto es algo que se rige por la oferta, que es tan vasta que inevitablemente muchas cosas no alcanzan a entrar. En este Plan se han podido tocar distintos nichos de editores.

Algunos editores sienten que sus libros no fueron tenidos en cuenta, esperemos que haya nuevas convocatorias. Es decir, este es un comienzo.

Y lo que es más valioso es que al principio del Plan se pensaba en cien títulos, pero a medida que el Ministerio de Educación fue viendo las posibilidades del sistema de compra pública implementado por Fundalectura, lo adoptó: subió a 265 títulos y pasó de 5.900 colecciones a 19.500. Este sistema permite que los mismos dineros rindan más del doble cuando los libros seleccionados se hacen en un tiraje que posibilita un precio más económico. Es el modelo mexicano de compra. México, hay que decirlo con todas las letras, nos enseñó a comprar. El procedimiento es el siguiente: hacemos una convocatoria, se seleccionan los títulos que cumplen esa convocatoria –en el caso de Educación, tenían que cumplir con unos renglones, que es como está organizada esta Colección– y se ofertaban por un precio luego de un estimado de cuánto puede costar la impresión de dicho libro y multiplicado por el factor 2,27. Se le hace una oferta de compra al editor y si el editor no acepta el precio, el libro no va. Pero siempre hemos tenido cuatro opciones más de selección para dicho renglón. Es decir, para 265 que tiene la Colección Semilla, tuvimos cerca de 900 títulos de donde escoger.

¿Quiénes seleccionan ese material?

Un comité en el que hay maestros, representantes del Ministerio y delegados de Fundalectura. En el proceso de selección de la Colección Semilla participaron 47 personas.

¿Estos libros (la Colección Semilla) son para los maestros?

Creo que al maestro le sirven todos estos materiales. Es su punto de partida. El maestro debe comenzar por familiarizarse con la Colección pues, si no la conoce bien, no va a poder estimular ni motivar. Es un principio básico de la promoción de lectura. El mediador, que en este caso es el maestro, debe conocer con anterioridad el material sobre el que va a trabajar o sobre el que quiere estimular a los alumnos.

Fundalectura para este Plan le propuso al Ministerio hacer el aporte de cuatro publicaciones dirigidas al maestro. Estas son el Manual de lectura en voz alta, de Jim Trelease. Es un material para los maestros, no para los estudiantes. Y sabemos que les gusta muchísimo. Porque la lectura en voz alta es el método más barato, más antiguo y más efectivo para estimular la lectura. Este es un libro que va ahora en las 13.500 colecciones que se imprimieron de la Colección Semilla.

¿Y cuáles son los otros tres títulos?

¿Cómo reconocer los buenos libros para niños y jóvenes?, un trabajo que hizo una investigadora de la Universidad de Valencia. Y dos cartillas: Leamos con nuestros hijos y A los bebés les encantan los libros.

El libro ¿Cómo reconocer los buenos libros para niños y jóvenes? está pensado para que en las escuelas se formen comités de selección de libros. Este es un elemento importante en los países desarrollados y de muchos colegios privados que tienen comités de selección de libros, porque hay muchos intereses específicos de las comunidades. Y si va a haber compras por parte de los municipios, lo ideal es que sea directamente desde el nivel local que digan: “Nosotros queremos que nos compren estas cosas”. Pero el criterio solamente se construye mientras haya materiales sobre los cuales opinar, sobre qué escoger cuando se conoce la oferta.

¿Cómo hallar otros espacios para el encuentro con el libro distintos al de la biblioteca?

Todo esto tiene que ver con el acceso; el acceso es la palabra clave. Poder llegar a tocar los libros, a hacer uso de ellos. Esto se puede hacer a través de ferias en las regiones, que implementa la Cámara Colombiana del Libro, y otros espacios. Hay que tener en cuenta que

Cultura lleva diez años trabajando con bibliotecas públicas, mientras que Educación está empezando. Entonces hay que pasar por cada etapa y no saltarse ninguna. El acceso no es solamente que los libros lleguen a una institución educativa. Es que realmente los niños logren tocar esos libros, usarlos e incluso llevarlos a sus casas. Esas son etapas que hay que implementar una a una. Otro componente del Plan es el trabajo con familias. Porque estos libros también tienen que llegar a ellas, familiarizarse con esos libros que hay en las escuelas. Si no hacemos un trabajo de animación en las familias, el trabajo en la escuela se quedará siempre corto.

¿Luego de haber culminado una etapa de distribución de las colecciones, viene una fase de formación?

Sí. Hay que acercar al maestro, al estudiante, a la familia, al mediador a esos libros. Las pautas las dará el Ministerio y esperamos contribuir con otras fundaciones a que este componente llegue a feliz término. Los libros solitos no sirven.

¿Cómo integrar la biblioteca escolar al proyecto educativo?

Hay que partir de un principio realista sobre nuestros maestros. Se enfrentan a un número muy alto de niños, tienen que asumir los retos de cobertura que a menudo afectan la calidad y, entre tantos retos, no

podemos exigirles más de lo que ya se les exige. Tenemos que pensar que la Colección sea una ayuda, no una tarea más para los maestros. Hay que dar herramientas sencillas para que la Colección tenga uso. Que los niños puedan tocar, leer, discutir sobre los libros. Que no se restrinja el uso de los libros a áreas específicas del conocimiento. No. Esta Colección tiene que ser vista como transversal a todo. Porque si estamos de acuerdo en que la lectura es necesaria para todo lo que queremos hacer y para el desarrollo de los niños y el desarrollo social, la lectura entonces no se puede limitar a la asignatura de Lengua y a la literatura. El universo de un niño debe ser más amplio y debe poder pasar por todo ese catálogo de libros que tiene esta Colección. Este es un Plan Nacional de Lectura y Escritura en el que por primera vez están trabajando conjuntamente los ministerios de Educación y Cultura, cada uno estableciendo sus áreas de influencia y de acción, pero ambos con la conciencia de que hay que llegar con libros a los rincones más apartados de Colombia y a todas las poblaciones. Se está pagando una deuda histórica. Solamente así seremos un país de lectores.

Irene Vasco

Autora de más de veinte libros de literatura infantil y juvenil, merecedora de numerosas distinciones nacionales e internacionales, su obra ha sido traducida al portugués y al inglés. Irene promueve la lectura en distintas poblaciones de Colombia, a donde siempre viaja con su varita mágica.

“Los seres humanos usamos la creatividad para solucionar situaciones: para imaginar un puente, un alcantarillado comunitario, un proyecto social...

El desarrollo de la creatividad es una necesidad individual y social”

Entrevista A Irene Vasco

¿Qué hace falta en la escuela a la hora de aprender a leer y a escribir?

No lo sé muy bien, no estoy muy segura de los procesos didácticos. Lo que sí puedo decir con certeza es que la escuela debe hacer esfuerzos por crear ambientes lectores y escritores. Lo usual es que el acercamiento a la palabra escrita sea tratado únicamente en clase de Lengua, sin que las otras áreas se sientan involucradas. ¡Nada más lejos

de las necesidades escolares! Si los niños no tienen desarrolladas sus habilidades lectoras, ¿cómo resuelven los problemas de matemáticas, cómo se acercan a la ciencia, al área de Sociales? Leer y escribir no es conocer la gramática. Es ser capaz de comprender y de expresar. En cada escuela la biblioteca y la formación de lectores deberían ser los ejes alrededor de los que se mueven el conocimiento y los proyectos de aula.

En la educación tradicional, los niños no pueden hablar en clase a menos que se les pregunte. Solo escuchan pasivamente, copian y tratan de hacer tareas que con frecuencia son ajenas a su comprensión e interés. Quien habla es el profesor y este suele ser víctima, producto, de una escolaridad similar: escuchó sin poder hablar, dialogar, argumentar. Cuando llega su turno de enseñar, se le pide que transmita algo que no recibió, incluido, en muchos casos, su pobre acercamiento a la lectura y a la escritura. Es muy perverso este círculo. Es indispensable romperlo.

Con los grupos de niños y jóvenes, el acercamiento a la escritura es desde muchas perspectivas. Mi intención, en cualquier caso, es sacarlos del letargo, de la ausencia (¿alguna vez has notado el rostro autista de los estudiantes dentro de clase y su transformación en el recreo?).

Quiero que mi clase, taller o actividad sean una experiencia vital, que alerte todos los sentidos, que despierte el deseo de saber, de investigar,

de ir más allá, de trabajar en grupo y por el grupo. Olvido didácticas, controles y evaluaciones y me concentro en formar lectores, en formar escritores, en formar ciudadanos con capacidad de participar, decidir, criticar, crear, compartir, transitar por fuentes y medios diversos de información. Así concibo la educación.

¿En lo que ha visto en sus talleres, hay lectores?

Leer, descifrar el código, prácticamente ya está instalado en el país. A lo largo de mis viajes por lejanas, casi impenetrables poblaciones, veo que ha desaparecido o está por desaparecer el analfabetismo. Por lo menos, con buenos o malos métodos, los niños saben leer en un nivel básico. Eso no los convierte en lectores ni en personas que puedan comprender textos con cierta complejidad. Pero sí pueden decodificar las cosas básicas de la vida, llenar formularios para el Sisbén, participar socialmente hasta cierto punto.

También he visto que la escuela se empeña en mantener bajo control el aspecto relativo a la comprensión de lectura. Sigue imponiendo un libro único, unas preguntas que requieren de respuestas correctas según el criterio del profesor, y unos exámenes que no permiten que maestros y estudiantes dialoguen e intercambien sus opiniones. Los niños siguen intentando adivinar la respuesta esperada por el docente, y esto es algo muy peligroso. En este juego de calificar y evaluar, los niños buscan

satisfacer al profesor, salvar la nota con engaños y trampas. No pueden responder correctamente porque no están listos para lo que se les pide. Es entonces cuando las cuerdas morales, las de la integridad, la verdad, comienzan a aflojarse. En gran medida, pienso que la escuela, con esta manía de querer controlar todo, enseña a que el fraude es válido. ¿Cuál es la lección, la enseñanza? Que mentir está bien. ¡Esto es algo terrible para una sociedad!

¿Hacen falta espacios para la creatividad?

Sí, hacen falta. La creatividad no es solo la clase de Arte, como muchos asumen. Los seres humanos usamos la creatividad para solucionar situaciones: para imaginar un puente, un alcantarillado comunitario, un proyecto social... El desarrollo de la creatividad es una necesidad individual y social. En la clase de Lengua, de la que estamos hablando, lo que creo es que, sobre todo, hace falta actualización de los maestros. Siguen imponiendo la lectura de textos como *La Vorágine*.

Esto no es malo en sí. Introducir a los jóvenes en la lectura de los clásicos de manera creativa, ampliando el contexto, enriqueciendo la lectura de mil maneras, sería una maravillosa forma de abordar estos libros. Pero con más frecuencia de lo deseable, los maestros siguen exigiendo la lectura individual de tal a tal página para contestar cuál es el personaje principal, los personajes secundarios, etcétera.

En primer lugar, estos son textos muy difíciles de entender si no hay un proceso lector previo fuerte, que debe iniciarse con las narraciones tradicionales. Estos relatos orales son lineales en el tiempo. No tienen miradas retrospectivas, no hay urdimbres ni trenzados en la narración. Niños y adultos pueden seguir la trama sin perderse. A la hora de formar lectores, pasamos de los relatos a los libros álbum, que mantienen esa linealidad con un lenguaje sencillo. Poco a poco, quienes siguen este proceso, van afinando sus habilidades de comprensión, van llenándose de vocabulario, de estructuras narrativas que pueden combinarse. Y si el proceso es continuo, el paso a textos más complejos, no solo literarios, se hace de manera natural.

Lo grave es que en pocas partes se realiza este proceso. Los jóvenes llegan a bachillerato sin herramientas lectoras y les piden que lean novelas complejas, y que además las entiendan, las expliquen, las examinen como si fueran piezas de laboratorio. Es importante que haya un proceso más gradual y que el arte no se vuelva objeto ni instrumento de trabajo.

¿Es una transición muy abrupta?

Así es. Ojalá los procesos lectores se iniciaran en la primera infancia. Ojalá las universidades ofrecieran programas a los maestros para que

lleguen a las aulas como lectores, como escritores y con herramientas para convertir en lectores y escritores a sus estudiantes.

¿Existe una rivalidad entre promotores de lectura y docentes?

Pienso que la academia intenta controlarlo todo. Hay una preocupación muy grande por dar explicaciones, por medir, por evaluar, por mantener a los estudiantes en niveles homogéneos, estandarizados. Se ha perdido el camino de lo humano. Lo que tiene que ver con emociones, con intuiciones, con diálogos, con encuentros, no es permitido en la escuela tradicional. En cambio, la biblioteca sí lo propicia. Estoy hablando del concepto moderno de biblioteca. Este es el lugar donde concurren culturas, edades, ideas.

Te voy a dar un ejemplo:

¿Te acuerdas de cuando uno pasaba vacaciones en la finca con todos los primos? Los grandes cuidaban a los chiquitos, llegábamos de distintas regiones, nos mezclábamos de manera natural. Unos aprendíamos de los otros. Siempre pienso en la biblioteca como una experiencia parecida: las múltiples voces se alimentan las unas a las otras, cada uno transmite lo que sabe, el respeto y la tolerancia

se fortalecen, las debilidades de unos se suplen con las fortalezas de otros.

¿Y el tema de escritura?

Para escribir, parto de los libros. Es decir, salgo de unos libros para llegar a otros libros. Leo en voz alta, creo un clima de confianza. Escucho las distintas voces que se van despertando. Cada persona del grupo, sea este de niños, jóvenes o adultos, puede opinar, argumentar. Propongo luego ejercicios de escritura de textos colectivos, pues el trabajo en equipo ofrece seguridad y amplía las posibilidades creativas. Lentamente se estructuran poemas, juegos de palabras y narraciones para terminar en la creación de libros artesanales.

Cuando niños y adultos hacen libros por sí mismos, la relación con los libros impresos cambia. No es lo mismo acercarse a un libro si uno sabe cómo está hecho, si ha participado en la escritura, en la ilustración, en la diagramación, en el encuadernamiento, es decir en el proceso completo, desde el concepto editorial hasta la divulgación en una pequeña feria del libro que culmina la actividad.

¿Cómo pasan de la lectura a la escritura?

Yo siempre comienzo leyendo. En cada caso selecciono una lectura que considere apropiada, de acuerdo al grupo con el que me voy a

encontrar. Por eso, el repertorio de promotor de lectura tiene que ser muy amplio. Si llego, por ejemplo, a una comunidad indígena, a una ranchería wayú, uno no habla, no narra, a niños o a adultos por separado. La comunidad completa se reúne. Todos asisten a la actividad. Entonces busco algo que me conecte con ellos, con imágenes que tengan que ver con su entorno para que se reconozcan. A partir de una lectura animada comienzo a entablar diálogos. Hago preguntas como “¿Aquí también silban así para llamar a las cabras? ¿Cómo se hace?”, mientras muestro las láminas de un libro. En fin, planteo preguntas que me permitan entablar una relación de paridad. No soy una maestra que llega a enseñar. Soy una persona que tiene algo para contar y que espera escuchar otras historias.

Recuerdo un ejemplo, más urbano. Fue con jóvenes judicializados que no podían estar en la cárcel por la edad. Había atracadores, violadores, raponeros, tanto hombres como mujeres. Allí partí de la lectura de un cuento algo truculento, violento, para conectarme con el auditorio. Así pude entablar un diálogo sobre su realidad. A partir de esas lecturas, encontramos temas que les interesaban, con cierta reserva al principio, pero con gran interés a medida que las horas transcurrían. Al final, pedían más y más libros y querían escribir sus historias. Me mostraban, a escondidas, poemas eróticos y textos muy agresivos que iban

produciendo. Por supuesto yo no hacía censura, pero sí los invitaba a expresarse con más poesía, más emoción.

Lo que más me impactó fue ver que algunos de ellos, con graves antecedentes judiciales, creaban personajes “buenos” que defendían a otros “buenos” de los “malos”. ¿Ellos quiénes eran? ¿Se asumirían como los buenos o como los malos de sus creaciones? Pensé entonces que estos jóvenes delincuentes, a través de la literatura, se hacían conscientes del bien y del mal sin darse cuenta.

A menudo saben la teoría pero no la práctica. Aquí lo interesante es que aprenden de una vez desde la práctica...

Cuando hago talleres de escritura con profesores de Lengua, inicio ejercicios para ir construyendo sobre estos la teoría. Un ejemplo clásico de mis talleres es que les pido a los participantes que escriban un cuento corto atendiendo la estructura clásica de este género: tres párrafos que incluyan principio, nudo y desenlace. El título es “El día en que amanecí convertido en cangrejo”. El resultado, en el noventa por ciento de los casos, es un muy buen principio, ningún conflicto y un apresurado y gratuito “y entonces me desperté”.

¿Dónde está el nudo? ¿Por qué este desenlace sin que haya pasado nada? Mi reflexión es: “Ustedes se saben la lección de memoria, la repiten, la enseñan a los niños, quienes a su vez la repiten. Pero a la

hora de escribir, es evidente que la lección no ha sido interiorizada. La estructura narrativa tiene que estar instalada, ustedes deben escribir casi automáticamente un cuento, para poder transmitir sus reglas”.

Lo que creo es que el cuento es nuestro principio, nudo y desenlace simbólico. Las nanas y los arrullos que le cantamos al recién nacido son estructuras narrativas. “Este compró un huevito, este lo cocinó, este le echó la sal, este se lo comió”. Las canciones tienen un momento dramático. Hay un pequeño conflicto en la canción del bebé, en las rondas, en los juegos infantiles. En ello se nos va la vida. Es decir, desde que nacemos nos estamos contando la vida, nos estamos narrando como seres humanos. Pero la escuela olvida la naturaleza y la transforma en definiciones, en conceptos que no entran por la piel. La información pasa por el frente sin tocar emociones. Luego sigue su camino y se pierde sin que sepamos dónde quedaron todos esos programas que supuestamente aprendimos. Lo peor es que no aprendemos a escribir cuentos. Si no podemos replicar nuestra vida en palabras escritas, difícilmente podremos escribir otros textos menos cercanos, como ensayos, argumentaciones, relaciones matemáticas, etcétera.

Estas reflexiones me llevan a recordar una experiencia que puede servir de muestra para lo que sucede con las capacitaciones. Una vez me

pidieron que dictara un taller en Tumaco para rectores, docentes y coordinadores que llegaban de corregimientos muy lejanos. Mi taller era de un día, de nueve a cinco. En principio eran ocho horas de trabajo. Pero entre refrigerios y almuerzo, el tiempo del taller se acortaba. Casi a las cinco de la tarde, se levantó un rector y con voz furiosa dijo: “¡Qué irrespeto!, tuve que navegar durante cinco horas en lancha y luego montarme por cinco horas en una moto. Viajé durante diez horas para esta reunión tan corta y tan importante, en la que estoy aprendiendo tanto. No hay derecho a que me hagan dejar mi escuela para atender tan pocas horas de taller”. Ese día sentí que la responsabilidad de los que dictamos talleres es muy grande. Me alegró que el señor rector sintiera que mi actividad era interesante y útil, pero me quedó un sabor amargo por sus duras palabras.

Desde entonces siento que hace falta un programa más estructurado de lectura y escritura para docentes. La lectura es la base de la formación escolar. Y es importante que para que los docentes no estén solos en este proceso, el Ministerio, los rectores, los bibliotecarios, los administrativos, toda la comunidad educativa se involucre y que la universidad forme ejércitos de grandes maestros, maestros que sepan mucho más allá que de literatura isabelina y quijotesca, maestros que no se limiten a analizar año tras año los clásicos del Siglo de Oro. Niños y jóvenes de hoy en día necesitan de docentes con ganas de estar en el

aula, con espíritu abierto, con deseos lectores y escritores, con herramientas estimulantes, con gran bagaje de la literatura infantil y juvenil, principal aliada a la hora de introducirse en los procesos lectores. Esta es una deuda de la academia con el país.

María Osorio

En 2001 fundó Babel Libros, que comenzó como distribuidora, luego como librería y finalmente, desde 2005, como editorial de libros para niños y jóvenes. También coordina el Comité de Libros Infantiles de la Cámara Colombiana del Libro y es vicepresidenta de la Asociación Colombiana de Libreros.

“Es importante que los maestros conozcan los libros, se encariñen con ellos y elijan lo que consideren que más les puede funcionar en el aula”

Entrevista a María Osorio

Desde la perspectiva de librera, ¿hacen falta espacios para la literatura infantil?

Los libros infantiles y juveniles son objeto de compra pública; ahora se compran más, pero, paradójicamente, circulan menos. Los espacios en donde están presentes son muy restringidos. Están en las bibliotecas, pero tienen poco espacio en el mercado, quiero decir, son poco visibles por fuera de las instituciones educativas y culturales y hay poco interés por ellos fuera de ellas. Para las revistas, las pocas que quedan que reseñan libros, el libro infantil no es su preocupación.

Circulan más por el voz a voz...

Exacto. Babel Libros abrió al público una biblioteca. Allí los papás leen los libros con los niños, los llevan prestados gratuitamente, pueden intercambiar sus propios libros. Desde ese momento vienen a la librería con más frecuencia, pues sienten que no hay obligación de comprar cada vez que entran. Con el paso de los años hemos logrado tener una librería infantil muy completa. Tenemos alrededor de cinco mil títulos disponibles. Pero las librerías especializadas en el país son muy pocas. El libro circula, en primer lugar, por la compra pública y, en segundo, unido al texto escolar. Me parece que habría que hacer una campaña para modificar los planes lectores, no los del colegio, sino los planes lectores de las editoriales. Sería importante que los maestros vayan a las librerías, que los miren, los conozcan, los comparen, se encuentren con ellos en un contexto diverso y los escojan después de haberlos leído, que elijan los que les parezca que son los mejores.

¿Hacen falta espacios de circulación?

Sí, hacen falta librerías, que la gente tenga de dónde elegir lo que más le gusta, lo que más le interesa. Ese es uno de los servicios para los maestros que prestamos en Babel, les mostramos los libros, pueden hojearlos, manipularlos y elegir con un verdadero conocimiento, no a partir de un catálogo o de un listado. Hace falta una red de

distribuidores que llegue a las regiones. Yo quisiera que un padre o un maestro de un municipio alejado del centro del país, en vez de comprar versiones resumidas de libros clásicos, tuviera acceso a otras publicaciones, ¿pero cómo hacemos para llegar hasta allá?

¿Qué iniciativas pueden mejorar la situación?

Con la Asociación Colombiana de Libreros Independientes y la Cámara Colombiana del Libro diseñamos una página en la que se podían ofrecer en venta los libros infantiles y juveniles disponibles en Colombia, todo lo que estuviera circulando en el país. Se trataba de un espacio con listas de recomendados, con artículos sobre los libros y los autores, con los premiados, ligado a una programación en las ferias del libro regionales. Esto garantizaría una distribución de libros en todos los departamentos del país. Los maestros podrían disponer de información para elegir lo que sea de mayor interés para ellos y para sus estudiantes, no solamente lo que tienen al alcance de la mano, que es muy poco. Hacen falta espacios donde los libros se puedan ver, tocar, conocer. La circulación del libro debe estar instalada a nivel local. Hasta ahora no lo está.

¿Cree que debe haber un canon de literatura en la escuela?

Creo que los maestros deben ser lectores y deben poder elegir por sí mismos.

Otra cosa con la que no estoy de acuerdo son las listas. Las listas deberían servir como orientación, posibilidades de escoger, no camisas de fuerza. Pero entiendo que cuando los libros están concentrados en Bogotá, en poquísimas librerías, cuando no hay posibilidades de acceso en las regiones, hay que atender las recomendaciones de los expertos.

La mayoría de las personas que vienen a la librería, vienen con lista en mano. No conocen los libros, pero creen a pie juntillas lo que la lista propone. Son muy pocos los que vienen a preguntar, a enterarse de lo que hay en el mercado. Hacen falta librerías especializadas, donde el librero preste un servicio de acompañamiento y asesoría, como lo hace un bibliotecario a la hora de orientar a los lectores hacia los libros. Pero los bibliotecarios también necesitan conocer más la oferta y no limitarse a lo que tiene en su biblioteca. Tenemos una larga tarea pendiente.

María Clemencia Venegas

Bibliotecaria escolar y docente colombiana. Especialista en lectura, materiales educativos y bibliotecas escolares. Consultora de entidades supragubernamentales como el Cerlalc, el Convenio Andrés Bello, OEA / Ministerio de Cultura Leer sin Fronteras. Ha trabajado desde sus inicios con el Plan Nacional de Lectura y la Red de Bibliotecarios Escolares de la Secretaría de Educación de Bogotá. Es autora de numerosos libros y cartillas sobre el tema de la lectura y las bibliotecas escolares.

“Hay que pensar menos en los libros por sí solos y más en las personas”

Entrevista a María Clemencia Venegas

¿Cuál es el principal problema del bibliotecario en la escuela?

Existe un problema macro relacionado con el acceso y el uso del libro, invisible para la mayoría de nosotros. En casi todas las bibliotecas escolares (cuando existen) se encuentra que alguien bien intencionado incorporó a su operación una serie de requisitos para dar acceso al libro, en los que cada persona pareciera tener que pasar una cantidad de obstáculos para lograr usar el material que necesita leer o consultar. Las talanqueras se materializan en cosas como fichas de atención, puestos

fijos en las mesas de lectura, estanterías cerradas, ficheros de búsqueda complicados, lenguajes herméticos, reglamentos estrictos, mostradores de atención que separan a los usuarios de los libros, carnés, la exigencia de entregar un documento de identificación, etcétera. En muy pocas bibliotecas se prestan libros a domicilio. ¿Por qué todas esas trabas para usar los libros? ¿Por qué tanto misterio para dejarnos tocar lo que es de todos? El imaginario restrictivo de las bibliotecas escolares nace de la creencia de que los libros deben ser cuidados y ordenados, más que leídos y usados. Aunque el código civil colombiano establece que para todos los ciudadanos existen una serie de bienes que son de uso público, a los que todos tenemos el derecho de acceso, y por los que todos somos co-responsables (el espacio, la calle, los parques, etcétera), eso no se ha transferido a los bienes de la biblioteca, que son parte de un servicio público. Se ha equiparado a los libros con los bienes inmuebles, como si fueran eternos, o con los bienes de inventario por los que alguien tiene que responder.

En ninguna parte de la normativa educativa dice que por ser de uso público los libros de bibliobancos, bibliotecas de aula y bibliotecas escolares no deben ser “cargados en cartera” (es decir, asignados bajo la responsabilidad individual) de ningún funcionario. Pero en cambio sí se establece, a través de una disposición general del Ministerio de Hacienda, que todos los bienes de cualquier institución del sector público

deben entrar a formar parte de los inventarios anuales. Como consecuencia, el almacenista del colegio recibe los libros cuando llegan, los ingresa a su inventario institucional, los encarga a la responsabilidad del bibliotecario y este último, como sabe que debe entregar ese mismo inventario en un año, no se atreve a prestar nada ni a las aulas ni a domicilio, por temor a que si se pierde algo, se lo van a cobrar.

La disposición que obliga al bibliotecario a poner los materiales al servicio del público no está hecha. Debería existir una norma que obligue a usar, por cuenta del detrimento patrimonial que es para el Estado tener bienes que no se usan y que los hongos y la humedad se devoran en un lustro. De nada sirve que exista una dotación si su uso no puede ser garantizado. La Ley de Bibliotecas Públicas algo ha hecho a favor del préstamo, pero lamentablemente esta normativa aún no existe para el sector educativo. Y la biblioteca escolar debe garantizar el acceso a los libros como primera medida.

El otro aspecto problemático que desgraciadamente obra, ya no en contra de los bibliotecarios escolares, sino que es cómplice de los que nada hacen con los libros, es que no se evalúa el uso de las dotaciones una vez entregadas. Nuestra nación lleva más de cuarenta años entregando materiales para bibliotecas de aula y bibliotecas de programas. Lamentablemente, jamás se hace seguimiento al destino de

esos libros, ni seguimiento de su uso, ni medición del impacto de su entrega. Dotar no es suficiente. Dejar dotado y dejar botado es exactamente igual a despilfarrar el dinero.

La acción que forma lectores es el uso de los libros, no su mera existencia en los estantes. Los libros no deben ser adornos de bibliotecas. El uso significativo de los libros y materiales es la segunda meta.

Si pudiera pedir tres deseos para cambiar este panorama, ¿cuáles serían?

No es necesario tener una varita mágica ni pedir tres deseos. Se requieren un marco normativo coherente con el uso de los libros, el compromiso de los gobernantes locales y regionales de invertir en las bibliotecas escolares y una política pública de Estado que permita que esto de la lectura y la escritura sea sostenible en el tiempo. La normativa de bibliotecas escolares sirve de punto de partida para construir una política pública; de ahí arrancamos. Sin normativa que permita trabajar a favor del uso de los libros es poco probable que los maestros quieran arriesgarse a que les apliquen una investigación administrativa porque se les perdieron los libros. Creo que esa es la gran carencia inicial. La Ley de Bibliotecas Públicas afortunadamente creó un precedente, y puede sentarse este antecedente en

jurisprudencia, para proteger a los usuarios. Pero hay otras talanqueras internas graves. Una de ellas es la falta de la inserción institucional de la biblioteca escolar en el proyecto educativo total. Hasta ahora, la biblioteca escolar forma parte del sector administrativo, no pedagógico, de la institución educativa. En el organigrama de la mayoría de planteles la biblioteca no está vinculada al consejo académico ni al trabajo de los docentes.

La biblioteca debe ser un espacio docente más, un lugar de planeación académica, con carga de tiempo académico en los horarios de los estudiantes, con el que todos los departamentos cuenten, que esté metida en todo lo que sucede en el colegio. Así que, aunque este asunto de las normativas educativas y las normativas de inserción institucional parecieran ser consideraciones muy burocráticas, si no las resolvemos, los proyectos que tienen que ver con la formación de lectores y escritores desde la escuela no saldrán al otro lado.

¿Pero, entonces, el problema es acercar a los estudiantes a los libros?

El primer reto es cambiar el imaginario utilitarista de la lectura y la escritura en la escuela. Antes que estudiantes, los niños matriculados en el sistema educativo son sujetos de derechos. Estos derechos incluyen el disponer de una oferta educativa que les permita ejercer la ciudadanía

plena. Sin las herramientas de la alfabetización básica, es muy difícil que un sujeto pueda ejercer sus derechos humanos y ciudadanos. El acceso al libro es un problema de ciudadanía. Lamentablemente se asume que la función de la lectura y la escritura es solamente un asunto educativo. El uso meramente instrumental de leer y escribir –aprender, formarse, informarse– subyace a la mayoría de los mensajes acerca de la lectura. Continuamente se dice a los estudiantes “lea para tener éxito”, “lea para saber sobre esto”, “lea para hacerse un trabajador más competitivo”, y es aquí donde nos estrellamos, pues así se contribuye al imaginario que sostiene que la lectura es exclusivamente instrumental y que sus prácticas son solamente escolares o utilitarias. También se lee para ser sujeto de lenguaje, para construir imaginarios personales, para elaborar proyectos personales de vida, para retarse a sí mismo, para emocionarse, para enriquecer el yo íntimo, la memoria, las proyecciones hacia el futuro.

Lo segundo es que hay que pensar menos en los libros por sí solos y más en lo que pueden hacer las personas. Esto pareciera un contrasentido, pero resulta esencial en un país como el nuestro, de inmensas brechas en el acceso a los libros, a las librerías, a las tecnologías de comunicación y a la conectividad. Todo no está en los libros. No solo el que tiene libros tiene palabras. Una señora en Nuquí puede que no tenga libros en las manos, pero tiene sus historias, la

memoria de los juegos de palmoteo, los cantos y recitativos de trabajo, la oralidad, la voluntad para contar, las ganas de enseñar lo que sabe. Solamente ella puede contar, por ejemplo, cómo se desprende la piangua de las raíces de los manglares en marea baja, durante la madrugada. Los mediadores de la lectura y la escritura están por todas partes. Quienes tienen cosas para contar y comentar y compartir probablemente trabajan más a favor de los lectores que otros que se limitan a obligar a leer para evaluar y calificar.

En uno de los colegios donde trabajé decían que si uno le pregunta a un niño “¿Cuál es la diferencia entre la ignorancia y la indiferencia?”, los niños de hoy en día responderían: “No sé y no me importa”. La educación mecanicista, centrada en lo académico, en el resultado, en la prisa por memorizar, está logrando justo eso: egresados ignorantes, egoístas y apáticos. Hay que mantener intacto el sentido del asombro con el que llegan a la escuela en preescolar, cuando sí quieren leer, saber y conocer, cuando todo los deslumbra, asombra y emociona.

¿Qué hacer para mantener el interés por la lectura?

Uno de los errores más comunes es que en el pasado, y con la “cantaleta” de que hay que leer para ser o hacerse “culto” se ha comprado para las bibliotecas escolares material canónico que realmente es para adultos, que resulta demasiado difícil y ajeno a los

intereses de los jóvenes lectores. El lector joven –y sus necesidades e intereses– está en el centro de todo; hay que comprar material mucho más sencillo para él. También hay que pensar en los maestros y otros mediadores. Es mejor comenzar con material de muy buena calidad, pero más sencillo, para los padres, para los niños y para los propios docentes.

¿Qué debe tener una biblioteca escolar?

En una biblioteca escolar hay que tener de todo y para todos los grados. Un repertorio variado y equilibrado que complemente todas las áreas. Casi nadie sabe que las bibliotecas escolares no deben tener textos, que solamente deben tener un seis por ciento de libros de referencia y que el cuarenta y siete por ciento de la estantería debe tener libros de ficción en todos los géneros, no solamente narrativa. Un error común al desarrollar colecciones es comprar materiales para los maestros o solamente lo que piden los maestros. Los usuarios de la escuela son los estudiantes, hay que tener también lo que quieren los niños. Otro error es comprar para los lectores de los grados superiores solamente. Resulta que los comportamientos lectores más importantes se desarrollan en preescolar y primaria, así que el esfuerzo debe estar en complacer a esos lectores, con materiales apropiados para su nivel de lectura. Yo trabajaría comprando prioritariamente para aquellas cohortes

donde están las crestas poblacionales, es decir, las matrículas más grandes: preescolar y primaria. Hay que comprar materiales que permitan hacer una lectura lúdica, íntima, fascinante. Lo último es comprar para hacer lectura de apoyo a las asignaturas.

¿Por dónde empezar?

Si yo fuera Dios empezaría por dotar las bebetecas y las bibliotecas de preescolar y primaria. Los estudiantes más grandecitos ya tienen algunos libros o tienen manera de encontrar acceso al libro o al texto en los medios, en internet, en los celulares. También, mucho antes de comenzar a entregar las bibliotecas, trabajaría con los padres y, desde luego, con los maestros.

Las madres que ya leen a sus niños antes de dormir, los padres que en la hora de cenar tienen un tiempo para conversar, para contar lo que ha pasado en su día están sembrando una semilla, están instalando el software de querer saber, querer escuchar, conversar. Un padre que lee a sus hijos de sobremesa está instalando el chip del deseo de leer, el hambre de los libros. Sin el hambre de saber, sin la urgencia por mirar los libros, lo demás no funciona.

¿Qué hace falta a las Colecciones Semilla?

Ninguna colección de biblioteca está completa. La nuestra es apenas una maqueta de lo que podría ser: una Colección Semilla que hay que sembrar, alimentar, ver crecer, diversificar y a la que se le deben exigir cosechas visibles. Aún hay en ella vacíos de temas y autores. En el enriquecimiento y desarrollo de las colecciones deben incluirse títulos de temas y autores locales. En aquellos establecimientos educativos con áreas de énfasis especial falta enriquecer esos temas. En lugares donde habitan etnias y afrodescendientes debe crecer más aún el número de títulos que recogen, valoran y visibilizan la cultura local. También hace falta pensar en formar y en dotar de otros soportes de lectura: después de todo, hoy en día también se lee y escribe usando el celular, se opina y publica en las redes sociales, en Twitter, etcétera.

Silvia Castrillón

Bibliotecóloga de la Universidad de Antioquia. Inició en el país el debate acerca de las políticas públicas de lectura y escritura, la promoción de la lectura y la literatura infantil mediante la creación de diferentes entidades de fomento de la lectura: la Asociación Colombiana para el Libro Infantil y Juvenil, Fundalectura y Asolectura. Autora de los libros Modelo flexible para un sistema de bibliotecas escolares, Bogotá, OEA (1982); El derecho a leer y a escribir, México, Conaculta (2005) y Buenos Aires, Argentina (2006), y traducido al portugués en Brasil (2011), país en el que fue reconocido como altamente recomendado, y Una mirada, Bogotá, Asolectura (2010).

“Hay que encontrar el espacio para que los docentes puedan leer, discutir y conversar sobre lo que leen de una manera abierta”

Entrevista a Silvia Castrillón

¿Qué hace falta para mejorar los niveles de comprensión de lectura?

Creo que los maestros necesitan espacios de lectura, de reflexión y de discusión, donde no solo se lea material teórico, sino también literatura.

Los maestros deben ser los primeros en estar convencidos de la importancia de la lectura, sin lo cual es imposible transmitir a sus alumnos la necesidad de ella. Si existe este convencimiento, la comprensión se da por añadidura y se convierte en un problema secundario.

Por otra parte, me parece importante privilegiar la lectura de la literatura, porque es lo que menos interesa a la escuela. Los fines de la lectura en la escuela son muy pragmáticos. Solo se piensa en la lectura para la información y para el acceso al conocimiento. No niego que esto sea necesario, pero no es lo único ni lo más importante.

Habría que empezar a buscar un espacio en la escuela para la literatura, para una literatura de muy buena calidad y dar un sentido diferente a su lectura, que vaya más allá de la mera recreación. ¿Por qué? Porque la literatura reúne toda una reflexión sobre la condición humana, sobre las posibilidades que puede tener el ser humano en la tierra. La literatura tiene como tema los grandes problemas de la vida y eso proporciona un enriquecimiento enorme a nuestra condición de seres humanos, no en condición de ciudadanos o de profesionales, pues estas dos formaciones son incompletas mientras no se piensa en la condición humana. La literatura invita a esta reflexión desde casos y realidades concretas.

Pienso que esta formación tendría que ser un propósito fundamental de la escuela.

Hay que encontrar el espacio para que los docentes puedan leer, discutir y conversar sobre lo que se lee de una manera abierta.

¿Qué leer en la escuela?

No se trata de que lean cualquier cosa ni lo que quieran los estudiantes. Es importante que los maestros puedan elegir dentro de una oferta muy amplia, muy diversa y muy variada, pero donde primen la buena literatura y la buena teoría.

La autoayuda y los best sellers ya los venden en los supermercados, no hay necesidad de que la escuela los promueva.

¿Necesitamos tener un canon de la literatura colombiana?

A mí me dan mucho miedo las listas de libros, pero si se hacen selecciones, deben ser realizadas con participación de la academia, de personas conocedoras, de grupos especializados, que trabajen el tema y sepan de él. El problema es que hay muchos grupos de promoción de lectura en los que no se habla de la literatura y parecería que el tema sobre qué leer no es su preocupación.

¿Cuál es el papel de la biblioteca escolar en la formación de lectores?

En cuanto a la biblioteca escolar hay que preguntarse qué es, qué debe hacer y para qué. Se suele creer que es para que los niños se alfabeticen en el tema de la información y, en gran medida, en el de la información digital, pero, por otro lado, ¿a cuál información nos estamos refiriendo? Vale la pena discutirlo. La biblioteca se ve como un espacio para adquirir unas destrezas en la búsqueda de información o como un espacio para la promoción de la lectura. El problema es que de esta manera se establece un divorcio entre la lectura recreativa y la lectura en el aula, entre la lectura ociosa y la lectura útil. Se van estableciendo una serie de imaginarios en los que la lectura que no tiene un fin pragmático es una lectura a la larga inútil, que no sirve para nada. Y se supone que con la lectura “recreativa” se adquiere el hábito de leer, pero esto no es necesariamente cierto.

Hay que pensar en la biblioteca escolar como un espacio para la lectura escasa, es decir, aquella que busca significación, que busca sentido, la lectura que busca la formación de un humano con posibilidades de ver el mundo desde afuera, de otras maneras. Esa lectura es la que hace falta en la escuela. La escritora argentina Graciela Montes dice que la lectura obligatoria se asocia con los pupitres y la lectura lúdica, con los cojines.

Hay que romper esa dicotomía y tratar de formar lectores críticos. La actitud del lector es la de la duda, la del que se hace preguntas, se cuestiona, no la del que tiene todas las respuestas. Esa actitud de lector debe estar presente en el maestro y formarse en los niños y en los jóvenes. La actitud de quien piensa que no todo está dicho, no todo se sabe y no siempre tenemos que estar de acuerdo en todo.

Mi Río de Letras...

Para recordar, reflexionar y hacer.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Este libro LEER para comprender, ESCRIBIR para transformar se terminó de imprimir en mayo de 2013.

Bogotá, Colombia

Con esta primera publicación de la serie Río de Letras del Plan Nacional de Lectura y Escritura “Leer es mi Cuento” del Ministerio de Educación, buscamos una aproximación a los significados que envuelven e inspiran la lectura y la escritura como prácticas íntimas, estéticas, de acceso y producción de conocimiento, pero también como conductas sociales y culturales desde donde podemos alcanzar el ejercicio de una ciudadanía plena.

Leer para comprender, escribir para transformar, pretende ser un cómplice de los pensamientos y deseos de miles de maestros en nuestro país, un testigo de sus lecciones y procesos de enseñanza y un aliado en la construcción de conocimiento, desde el saber e intereses que docentes y estudiantes comparten día a día en el aula.



Este libro está estructurado con parámetros de accesibilidad para garantizar el acceso autónomo e independiente, a las personas ciegas y con baja visión usuarias de lectores de pantalla, a la información, a la educación y al conocimiento. Estructuración realizada con la financiación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo, AECID, y la cofinanciación de la Fundación ONCE – América Latina, FOAL. Se prohíbe su comercialización.

Bogotá, Colombia.

Abril de 2022